

CRISTIANIDAD

LAS POSIBILIDADES DE NUESTRO CATOLICISMO

¿Hay razones históricas y doctrinales para llegar, sin más, a una conclusión pesimista?

EL PROBLEMA DE LA INFILTRACION PROTESTANTE EN ESPAÑA

¿Unidad católica o tolerancia de cultos?

Mucho se ha discutido, y más de lo debido, de un siglo a esta parte, si podemos los católicos ser o no tolerantes, pero poco han procurado ilustrarse los discutidores, acerca de cómo, dónde, cuándo y cuánto puede admitirse, o, por el contrario, debe repelerse como gravísimo mal la tolerancia.

El brindis de Malenkov y la «coexistencia pacífica»

La delegación socialista británica fué recibida con delirante entusiasmo en Moscú, «aprovechando» tan señalada ocasión para que orientales y occidentales cantasen las excelencias de la cooperación amistosa entre los dos bloques. Y fué el propio Malenkov quien en el transcurso del banquete ofrecido por la embajada británica, levantó su copa por la «coexistencia pacífica».

La experiencia de Syngman Rhee

Lea en nuestra SEPARATA:

Exhortación del Sumo Pontífice a la peregrinación mariana de los escolares de Italia.
Radiomensaje dirigido por S. S. el Papa Pío XII al X Congreso Nacional de los católicos suizos, celebrado en Friburgo.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario	7'50	Encuadernar revistas y separatas	36'00
Encuadernar revistas	25'00	Tomos encuadernados, revistas y separatas	186'00

En este año Mariano
ofrece tu obsequio a María
visitando sus Santuarios

FIESTA DE LAS LETRAS

que en honor de la Santísima Virgen María, celebrará la ciudad de SABADELL en este Año Mariano

a la que se invita a concurrir a cuantos cultivan las bellas artes a fin de que, en justo torneo literario ofrezcan a la Señora los frutos de su habilidad e ingenio que habrán de contribuir a la mayor devoción y servicio de nuestra Reina y gran Mediadora.

Doce premios se adjudicarán a los trabajos escritos en lengua castellana o en catalán, según el siguiente temario:

- 1.º-Poesía que cante el misterio de la Inmaculada Concepción.
- 2.º-Monografía histórica de la devoción de Sabadell a la Virgen María, Madre de Dios.
- 3.º-Nombres y capillas marianas en las calles de Sabadell.
- 4.º-El misterio de la Inmaculada, explicado a los niños.
- 5.º-Notas históricas sobre la Parroquia de la Purísima Concepción, de Sabadell.
- 6.º-La Virgen en la literatura medieval catalana.
- 7.º-Poesía a la Virgen (tema libre).
- 8.º-Poesía a la "Mare de Déu de la Salut".
- 9.º-Soneto, a la Virgen María.
- 10.º-La Inmaculada en el Apostolado del Dr. Sardá y Salvany.
- 11.º-Prosa cordimariana de tema libre.
- 12.º-La Virgen María y la joven cristiana.

El plazo de admisión de los trabajos terminará el 30 de este mes de Septiembre. - Para más detalles dirigirse al Secretariado de la Comisión pro Año Mariano, Sr. José M.ª Riu, calle Pío XI, núm. 121. Sabadell.

Precio de este ejemplar: 7'50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL

Las posibilidades de nuestro catolicismo, por C. F. de T. (págs. 287 a 289).

PLURA UT UNUM

Actualidad o inactualidad del liberalismo. ¿Unidad católica o tolerancia de cultos? por Daniel Boira (págs. 290 a 292).

Sobre los «Sucesos de la Granja», por Pablo López Castellote (págs. 292 a 294).

Cinco nuevos santos en la Iglesia Católica, por Roberto Coll Vinent (páginas 295 y 296).

EL BIELDO Y LA CRIBA

¿Se aprecia como es debido la palabra del Papa? por Martirián Brunsó, Pbo. (páginas 297 y 298).

Un caso de conciencia literario, por Arturo M. Cayuela (págs. 299 a 301).

DE ACTUALIDAD

El brindis de Malenkov y la «coexistencia pacífica», por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 302 y 303).

Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (página 304).

Quincena política, por Shehar Yashub (páginas 304 a 306).

ANEXOS

Mensaje de S. S. Pío XII al mundo con motivo de la fiesta de Pascua. — Exhortación del Sumo Pontífice a la peregrinación mariana de los escolares de Italia. — Radiomensaje dirigido por S. S. el Papa Pío XII al X Congreso Nacional de los católicos suizos, celebrado en Friburgo.



Las posibilidades de nuestro catolicismo

También nosotros estamos presentes, con el espíritu alerta, como quien más, en todo ese trenzado de animosas y, a menudo, sugestivas discusiones en torno al alma católica de nuestro país y a sus terrenas posibilidades. Y lo estamos porque si de una parte creemos tener conciencia del problema, poseemos de otra, una fe inmensa en la idea que viene a ser constante de nuestra actuación en los diez años de vida de la revista.

Indudablemente no todo lo dicho es para hecho. No todo lo que se dice y se escribe en plan de artículo o comentario, se dice y se escribe para ser llevado a la práctica. De lo contrario lo mismo en España que en cualquier otro país se habrían hecho infinidad de cosas. ¡Señor, y con la de ideas que se han expuesto y se exponen a diario sobre mil y una cosas en tantas secciones de periódicos y montones de revistas y tiradas de libros!

Uno recuerda a Quevedo y piensa en la inmensa razón que asistía al malhumorado señor de la Torre de Juan Abad, cuando escribía poco más o menos que “el que llamó hermanas a las armas y a las letras poco sabía de sus abolorios, porque no hay linajes más distintos que el hacer y el decir”. Desde hace más de un siglo, los españoles somos víctimas de una lamentable confusión en materia de linajes: creemos que los que dicen son siempre los llamados a hacer. No se nos escapa, por supuesto, que ciertas realidades piden algo más que una mera contemplación pasiva. Debe hacerse algo, frente a ellas. Pero — y aquí están las consecuencias de la confusión — dejamos que lo haga quien dice, de la forma que sea y por los motivos que sean, que debe hacerse algo. Ya están a hacer los que antes — en la prensa, en el libro, en la tribuna — decían que debía “hacerse algo”. Sucede entonces — habla Balmes — que la política — el hacer de los que dicen — anda por un lado, y la realidad social, por otro.

En los tiempos de Balmes y en los que les subsiguieron, la cuestión alcanzó caracteres de suma gravedad. Porque el pueblo que se hallaba muy bien al lado de los conventos y de las iglesias, pero que tenía frente a sí un conjunto de problemas de índole material y económica — y política — que urgía resolver, encontró a unos gobernantes que se dedicaron a destruir los conventos, pero que nada hicieron, o, por lo menos, muy poco, para remediar aquellos problemas. Sin embargo, si no todo, gran parte de lo que se hizo, fué hecho por ellos, cosa perfectamente explicable porque en sus manos, con el gobierno, estaban los medios para realizarlo. Y de ahí arranca precisamente el haber colgado a los católicos ese sambenito de falsedades, que habla de su indaptabilidad a los tiempos, de su falta de capacidad, poco menos que biológica, para hacerse sentir presentes en el vivir moderno, sin dejar de ser católicos, antes todo lo contrario, insuflando cristianismo en las arterias vitales del siglo XX.

Es muy fácil despachar los fenómenos históricos con cuatro trazos de vulgarísima síntesis pseudocientífica. También nosotros, los católicos de hoy, no hacemos, seguramente — hablar es otra cosa —, ni la mitad de lo que podríamos y debiéramos, y ello no

obstante, rechazaríamos por injusto un parecer sobre nosotros para dentro de cien años que nos acusara de incapaces e inadaptables. Porque, aparte nuestro desconcierto y nuestra desidia, achaque ese común, por lo demás, a la inmensa mayoría de los mortales, existen otras razones de orden circunstancial que dificultan el posible hacer. Más todavía: esas mismas razones son causa, tal vez en un cincuenta por ciento, de nuestro desconcierto y de nuestra desidia.

¿Por qué, pues, si reclamamos un parecer justiciero sobre nosotros, nos tiene sin cuidado el no mostrarnos justos con los demás? "Arrímate, arrímate, que es una guinda", le gritaba un espectador al pobre diestro que se veía y se deseaba, para por lo menos, no perder la cara al toro. Y, contestó el torero, encarándose con el valiente que daba lecciones a salvo de todo peligro: "Oiga, amigo, ¿por qué no se baja usted y lo hace?". Desde luego, resulta comodísimo opinar a distancia.

Los españoles, como decíamos al principio, se hallaban frente a una serie de problemas que urgía resolver. A esos problemas, de índole predominantemente material, se unieron otros, creados artificiosamente por los núcleos de intelectuales y de jugadores de la política que comulgaban con las ideas del liberalismo, sinónimo para ellos de todo progreso. Para el pueblo sano, no se trataba puramente de una cuestión de procedimiento, sino de fondo. Se resistía a admitir la plena desvinculación entre lo material y lo espiritual. La solución de lo primero estaba en función de la que se diera a lo segundo. De ahí el sentido de nuestras guerras civiles y, fuera de toda duda, el de nuestra Cruzada. Parece que el tiempo, dió la razón al pueblo sano.

Desangrado por el esfuerzo de la lucha, el pueblo sano se retiraba al término de aquélla a sus casas. Entonces seguía la línea de conducta que señalaba una constante que ha devenido histórica en su actitud a lo largo de los últimos tiempos: esperar el momento propicio. Lo malo del caso, opinamos ahora, es que el tiempo no dejaba de correr, mientras se esperaba llegase el momento propicio. En el entretanto, ¿era buena política la seguida por las "honradas masas", que dijo el tribuno, refiriéndose a los carlistas y al gran número de españoles, que, en definitiva lo fiaban todo del esfuerzo de los carlistas, permaneciendo sistemáticamente aisladas de la labor de gobierno? Creemos que antes de discutir si la política era buena o mala, debe estudiarse si había para ellas otra posible.

Alguien opina que sí. Porque hubo un intento que, para muchos, cuajó en realidad que da la medida de un cierto número de posibilidades renovadoras. Se trata, como es sabido, del empeño de los católicos que sin dejar de ser tales, quisieron colaborar con el régimen. En lo político, ese empeño tuvo un nombre: Pidal. En lo cultural estaba don Marcelino Menéndez Pelayo. Lo mejor del caso es que si existe algo de raíces totalmente contrarias y opuestas a la obra de revalorización y redescubrimiento de España que consumió la vida del polígrafo santanderino, ello es, sin discusión el sistema liberal con el que, ingenuamente y sin que la cosa pasara de palabras casi, creyó un deber colaborar. Pero, no nos importa ahora la bondad del intento, sino sus resultados. ¿Hicieron esos católicos que aceptaron ser "modernos", lo que, dicen, no supieron realizar los otros, los que se negaban a mostrarse partidarios del "progreso"? Indudablemente, no. La acusación de incapacidad e inadaptabilidad también les alcanza a ellos, por lo visto. Y es lógico que les alcance, porque, de cara al hacer, esos católicos no tenían en realidad las manos libres. Dígase lo que se quiera, el pase al colaboracionismo, lo habían obtenido mediante la aceptación previa de un compromiso que les encadenaba a unas posiciones, cuyo abandono significaba encuadrarse automáticamente en la oposición. Las premisas de la restauración canovista, que eran las de la conservación a toda costa de los principios liberales, con su obligada consecuencia de práctica aconfesionalidad, de respeto

a la idea "pas de enemis au gauche", pesaban sobre ellos de forma insoslayable. ¿Cómo empeñarse entonces en la grandiosa tarea de elaborar en todos los flancos una cultura católica nacional? El afán de entregarse generosamente a semejante tarea, ¿no implicaba la voluntad de echar abajo aquello — el estado liberal — que se había jurado respetar?

A cualquiera que medite con reposo acerca de la actitud de los católicos intransigentes no le han de escapar los motivos justificantes de aquélla. Sabía de antemano, y la experiencia les confirmó en sus criterios, que el compromiso de colaborar llevaba implícito en el fondo el de renunciar a estar presentes, con todas sus consecuencias, como católicos, desde los puestos de mando. ¿Incapacidad o inadaptabilidad biológica, o más bien, voluntad decidida, respondiente a la conciencia de un deber, de no plegarse a unas circunstancias de maligna raíz?

Las circunstancias, se dirá, son hijas del tiempo, y por lo mismo, el no saberse acomodar a ellas es prueba evidente de incapacidad para vivir en el tiempo, de inadaptabilidad a los módulos de existir de cada época. Puntualicemos: el tiempo, a nuestro ver, se nos da hecho, las circunstancias las creamos nosotros, los que vivimos en el tiempo. Por eso, las circunstancias forman parte de la Historia, que estudia, como sabemos, los acontecimientos en cuanto son producto del hacer responsable del hombre. Queremos decir con esto, que la verdadera incapacidad del hombre para hacerse sentir en la historia, no depende de no haber sabido o no haber querido aceptar unas circunstancias, sino de no haber creado las que, a su juicio, eran convenientes. Creemos, sinceramente, que el olvido de esa verdad se ha dejado sentir más de la cuenta en todas las discusiones que se han levantado alrededor del tema. Y es que, en el fondo, el enfoque de la cuestión se ha realizado por algunos con el mismo espíritu que ha presidido la actuación política y cultural de un gran sector de los católicos desde hace un siglo. Esos católicos, prácticamente, al menos, jamás se fijaron como meta de su actuación el crearse "sus circunstancias". Entendieron que ya hacían bastante sacando partido de las que se fabricaban los demás o, simplemente, cuidando de que no empeoraran. Ir a remolque es su triste sino.

Por todas esas razones, se nos antoja desdichadamente estéril y vanamente ocioso el polemizar sobre la incapacidad y la inadaptabilidad del catolicismo español, con respecto al mundo moderno, partiendo del supuesto de que no supo sacar partido de las circunstancias.

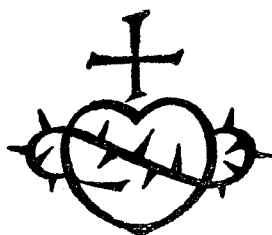
¿Por qué esa manía de llamar incapaces a los que fracasaron, de momento, en el afán santamente ambicioso — auténtico índice de innegable capacidad — de crear la circunstancia católica? Y, por qué, de otra parte, ese empeño en decir que fracasaron como católicos los que quisieron identificarse con las circunstancias impuestas, si por el solo hecho de aceptarlas renunciaban prácticamente a luchar como católicos? Si los católicos españoles, en su totalidad, habiendo creado las circunstancias a la medida de las exigencias de su fe, o luchado suficientemente por ello, hubiesen dejado como fruto de su paso por la historia los mismos resultados que ahora lamentamos, entonces, fuera de toda duda, podríamos hablar con justicia de su plena o casi absoluta incapacidad. No ha sucedido así, lo sabemos. No se ha vivido esa experiencia. La única vivida ha sido la de unos católicos que renunciaron a crear su circunstancia, porque entendieron que se hallaban irremisiblemente condenados a ir a remolque de las que formaron los otros. ¿No es esta precisamente la gran lección que cabe extraer del tema? No perdamos de vista que la explicación de los fenómenos históricos se inquiere con la finalidad de aplicar al presente la lección del pasado. No aceptamos el optimismo fácil ni pedimos el desconocimiento de las realidades, pero sí creemos que equivale a dejar caer en saco roto la lección de la Historia el incidir en el mismo escollo que produjo el naufragio de tantos otros.

Imaginemos el panorama de España con unos católicos unidos luchando a lo largo de un único frente para crear su circunstancia, la circunstancia que hubiera hecho posible un trabajo distinto de ese triste y vergonzoso ir a remolque. ¿Qué hubiera sucedido de haber formado a los católicos, no pura y simplemente en el aspecto piadoso, de práctica de piedad, de sano ascetismo, a algunos, incluso, sino también en toda la serie de problemas que surgen dentro de cada uno de los sectores en que prolifera el vivir? Esa es la pregunta que hemos echado de menos en todas las largas y prolijas discusiones sobre el tema. Acaso a algunos les parezca excesivamente tajante nuestra afirmación, pero entendemos que sólo lanzándose de todas veras tras el ideal que descubre esa pregunta, es como se puede evitar el riesgo de hacer pensar a cualquiera que la discusión en torno a las posibilidades del catolicismo español ha de quedar en puro pasatiempo literario.

No pretendamos restar méritos a don Francisco de Quevedo. Nos duele simplemente tener que darle la razón al gran satírico a propósito de algo, en lo que nos va nada

menos que nuestro ser de católicos y de españoles. Porque la cuestión es de las de ser o no ser. O somos creando nuestra circunstancia, o dejamos de ser, yendo a remolque de la que nos impongan los demás. Digamos, sí, mas de acuerdo con lo que piden se haga las verdaderas y profundas realidades. No elevemos a categoría de problemas nacionales lo que constituye una obsesión para unos cuantos, que no por llamarse intelectuales tienen patente de infalibilidad. Eso del mérito literario y de los altísimos niveles de estética de los autores de tal o cual generación y epígonos, será todo lo serio y respetable que se quiera, pero todavía no se ha demostrado que haya conmovido al alma de nuestro pueblo, es decir, que éste lo haya sentido como problema. Entre Ortega y el Papa de Roma los españoles, la inmensa mayoría de los españoles no dudan ni por un instante en la elección. Aunque muchísimos de ellos no vayan a Misa y bastantes no se muestren remisos en faltar a la caridad. Tal vez alguien dirá que muchos de esos españoles no conocen a Ortega, con lo cual la elección no es dudosa. Nosotros contestamos: bendito sea Dios.

C. F. DE E.



SEPTIEMBRE

El incremento numérico y espiritual de las Juventudes de Acción Católica

Estamos librando un combate a muerte contra los poderes infernales. En este supremo trance, todos los cristianos debemos estar dispuestos a dar cuanto tenemos y lanzarnos a los mayores heroísmos. Y como la juventud es propensa al entusiasmo y a las acciones heroicas, ella debe ocupar los puestos de vanguardia. Roguemos, por lo tanto, al Señor de los ejércitos, que nuestras asociaciones juveniles aumenten sin cesar en número y se difunda por todos sus miembros ese celo apostólico y ese entusiasmo religioso que no se arredra por los más duros sacrificios ni por la misma muerte.

INCREMENTO NUMÉRICO. — A nadie es lícito permanecer negligente, inerte, apático, mientras se precipitan tan grandes males, mientras amenazan tantos peligros, mientras con tanto empeño procuran los adversarios derruir los fundamentos de la religión católica y del culto cristiano.

El mismo Dios invita a todos los bautizados, a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, a que contribuyan al bien de todo el Cuerpo. Contribuyan en primer lugar por medio del apostolado de la oración y del sacrificio, en unión con Cristo y en Cristo. Pero, además, Dios invita a todos al apostolado de la acción, que es el complemento del apostolado de la oración y del sacrificio. Porque todos los bautizados deben vivir como verdaderos cristianos y con su ejemplo arrastrar las almas a Dios.

5 ad 2). También la Iglesia hace un llamamiento a todos los fieles para que, conforme a la vocación recibida de Cristo en el bautismo y en la Confirmación, colaboren cuanto puedan con el Clero en propagar el Reino de Dios. Y la invitación se dirige en primer lugar a los jóvenes. Pío XI escribía al Cardenal Van Roey (15-VIII-1928): «Ojalá los jóvenes... tengan la persuasión de que son llamados y elegidos para esta misión por una especialísima gracia de Dios.

PROGRESO ESPIRITUAL. — Mucha importancia tienen para la Acción Católica el incremento numérico de sus jóvenes soldados y la buena organización de los mismos. Mas para que la Acción Católica sea eficaz, es preciso infundirles espíritu verdaderamente cristiano. Por consiguiente, los jóvenes de Acción Católica deben fomentar en sí mismos:

1) El espíritu de oración y de piedad sólida y profunda, que tiene por base los claros principios de la fe. Sólo la

juventud que ora puede lograr que los paganos conozcan a Cristo. Unan la religión con la vida, para lo cual les puede servir la norma de vida espiritual del Apostolado de la Oración que introduce la religión práctica en la vida ordinaria, porque convierte en oración el trabajo, las diversiones, los estudios, todos los quehaceres.

2) El espíritu de sacrificio, que es la característica de la piedad cristiana. Porque la vida del cristiano es esencialmente un sacrificio en unión con Cristo, una dura milicia semejante a la carrera de los atletas en el estadio y, por tanto, llena de abnegación y mortificación, y así en el bautizado se renueva la pasión y muerte de Cristo y se asemeja él a Cristo crucificado. El joven soldado de Cristo crucifíquese con grande ánimo su carne con todas sus concupiscencias para que Cristo viva en él y, unido a Cristo, sea redentor de sus hermanos.

3) El espíritu eucarístico con el cual el joven se transforma poco en Cristo, pues «por la virtud de la Eucaristía se verifica cierta transformación del hombre en Cristo por medio del amor, y éste es el efecto propio de este sacramento» (S. Tomás, IV Sent. D. 12, q. 2, art. 2, sol. 1).

4) El espíritu apostólico, porque los jóvenes de Acción Católica están llamados a ejercer el apostolado. Tengan, pues, los mismos sentimientos que Cristo y su Iglesia, compadézcanse de las necesidades espirituales de los prójimos y, sobre todo, amen ardientemente a Cristo y a su Cuerpo Místico.

El Apostolado de la Oración es un medio efficacísimo para adquirir este cuádruple espíritu, es decir, el espíritu de piedad y de sacrificio, el espíritu eucarístico y apostólico. Basta considerar la naturaleza y prácticas del Apostolado de la Oración. Porque el Apostolado de la Oración induce a los jóvenes a ofrecer toda su vida al Divino Corazón por medio del Inmaculado Corazón de María, es decir, a ofrecerle todas sus oraciones, obras y padecimientos y convertir así su vida en una oración y sacrificio continuos; a unir su ofrecimiento con el sacrificio de Cristo en el altar y recibir la comunión reparadora; a inmolarse con fines apostólicos, o sea, para que se cumplan las intenciones del Sagrado Corazón de Jesús y se remedien las necesidades de la Iglesia.

Actualidad o inactualidad del liberalismo

¿UNIDAD CATOLICA O TOLERANCIA DE CULTOS?

He aquí una cuestión que no ha sido debidamente comprendida ni estudiada por muchos de aquellos que, por su estado y profesión, tienen el sagrado deber de comprenderla y estudiarla. Luz no ha faltado, por la misericordia de Dios; lo que quizás para algunos haya sobrado es la terquedad de no querer abandonar por completo los postulados de su adorado liberalismo, de triste experiencia para la Patria. Harto sabida es la noticia, tan divulgada por los medios extranjeros, de que en España se ejerce la más sañuda persecución religiosa contra los protestantes. Lo lamentable del caso es que se hayan atrevido a propagar con pasión, de palabra y por escrito, semejante calumnia muchos de quienes jamás hubiéramos imaginado creyeran, de buena o mala fe, tales aberraciones.

Mucho se ha discutido, y más de lo debido, de un siglo a esta parte, si podemos los católicos ser o no tolerantes, pero poco han procurado ilustrarse los discutidores, acerca de cómo, dónde, cuándo y cuánto puede admitirse, o, por el contrario, debe repelerse como gravísimo mal la tolerancia.

Como que nos referimos a la tolerancia de cultos, puede ser ésta de dos clases: tolerancia dogmática y tolerancia civil. Es natural que la primera, por herética e impía, no puede ser admitida por católico alguno, pues dejaría de serlo, por el grave quebranto que haría a su fe. La tolerancia dogmática de cultos — llamada también libertad de cultos — es herética porque se opone radicalmente al dogma católico de que “fuera de la Iglesia no hay salvación”; es impía porque supone en sí el más crudo indiferentismo religioso. Si para alguien pareciera atrevida nuestra sentencia, vea las siguientes proposiciones fulminantemente condenadas por el gran Pontífice Pío IX en el “Syllabus”:

Proposición 15. — “Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que juzgue verdadera por la luz de la razón.” Condenada.

Proposición 16. — “Los hombres, sea cualquiera la religión que practiquen, pueden encontrar en ella el camino de su salvación y alcanzar la vida eterna.” Condenada.

Proposición 17. — “Por lo mismo, deben tenerse esperanzas fundadas de la eterna salvación de todos los que no están dentro de la verdadera Iglesia de Cristo.” Condenada.

Proposición 18. — “El protestantismo no es otra cosa que una forma diversa de la misma verdadera Religión cristiana; forma en la cual se puede agradar a Dios lo mismo que en la Iglesia Católica.” Condenada.

Mucha luz ha divulgado sobre el particular nuestro Santísimo Padre Pío XII en su valiosísima Encíclica “Mystici Corporis”; y en su más reciente y no menos valiosa “Humanis Generis”, tiene el Papa que lamentarse de que haya quienes “reduzcan a una vana fórmula la necesidad de pertenecer a la verdadera Iglesia de Cristo para conseguir la salvación.”

* * *

En cambio, para los protestantes, es la tolerancia dogmática un principio sagrado e inviolable, consecuencia lógica e ineludible del “libre examen”. Podrán unas sectas afirmar la Trinidad de Dios y otras negarla; podrán unas afirmar la divinidad de Jesucristo y rechazarla otras; podrán unas afirmar, y otras negar, como opuesta a la misericordia divina, la existencia del Infierno; pero todas concuerdan, por el “libre examen”, en la tolerancia dogmática, es decir, que no es necesario, para salvarse, creer lo que niega tal secta, o combatir lo que afirma tal otra. La Igle-

sia Católica, por tanto, es considerada por ellos como otra de tantas sectas cristianas. Se comprende, pues, que según “lógica” protestante no haya herejías. Naturalmente, una religión adogmática, o que llegue a admitir dogmas opuestos y contradictorios, ¿cómo puede condenar “errores”?

No podemos comprender, por lo tanto, si no es por el odio satánico, que ha distinguido siempre al protestantismo, contra la Iglesia Católica — columna de la verdad — y España — madre en la fe de extensas regiones —, la extraña anomalía y absurda inconsecuencia de los sectarios del “libre examen”, en su campaña proselitista en nuestra Patria, afirmando en folletos insolentes que España es “tierra de misión”. ¿No vemos aquí la mano negra de las logias secretas de la Masonería? Y a nadie sea extraño que esta secta, hoy como ayer, es el enemigo número uno de nuestra Fe y de nuestra Patria. Obispos anglicanos y grandes magnates de las sectas protestantes, ¿por qué serán masones? A nadie se le ocurra pensar que tal abominable secta se haya cruzado de brazos en la actualidad.

Discurriendo según “lógica” protestante, si tanto el católico, como el anglicano, como el luterano y el calvinista, como el presbiteriano y el adventista pueden salvarse, ¿de dónde les viene su ilógico proselitismo en una nación como la nuestra, en la que su inmensa mayoría son católicos — más o menos perfectos o imperfectos, practicantes o descuidados —, y aun entre aquéllos que, por sus extravíos, se han quedado sin práctica alguna de religión, pues están bautizados católicamente, y es a la Iglesia a quien le incumbe la misión de inducirlos al redil que abandonaron? ¿A qué mente protestante, que sepa discurrir según sus principios, cabe que España es “tierra de misión”?

Díganos el más pintado de los protestantes si hay unos razonamientos que concuerden mejor que los siguientes: Los católicos, si queremos ser consecuentes con nuestra fe, no podemos permitir se propague el error protestante en nuestra católica España; es la intransigencia la única norma lógica en nuestro proceder como católicos. En cambio, los protestantes serían inconsecuentes con sus principios liberales si se opusieran a la propagación de la fe católica en los países en que dominan. Por otra parte, también son inconsecuentes en sus principios “dogmáticos”, al quererse inmiscuir propagando sus errores en una Nación que ya es cristiana, ya cree en Cristo, no necesita de “misioneros” de extraño proceder.

Muy claro nos expone nuestro amantísimo Prelado en su reciente Pastoral, “En defensa de nuestra Fe y de nuestra Unidad católica”, el fin anticatólico y antiespañol que llevan los protestantes en su propaganda sectaria:

“Esa propaganda es a veces insincera y dolosa, y otras, por el contrario, se muestra descaradamente ofensiva a los sentimientos católicos de nuestro pueblo. Así, al advertir que no encaja fácilmente en la mentalidad de los nuestros, el que todas o varias religiones sean verdaderas, no han faltado protestantes de determinada confesión que afirmen, contra lo que exige su propio principio del libre examen, que su iglesia es la única verdadera y necesaria para la salvación. Asimismo, al ver la inutilidad de sus invitaciones a abrazar el protestantismo, por la acendrada devoción mariana de nuestro pueblo, han adoptado algunos la táctica de exaltar a la Santísima Virgen para enganar a los católicos incautos o que ignoran la verdadera doctrina protestante que niega las más excelsas prerrogativas de María.”

¿Cómo pueden tener los mismos derechos y prerrogativas la Religión Católica, que es la religión de la intolerancia dogmática, por ser la única verdadera, y la religión protestante o liberalismo religioso, siendo los principios de la una, la antítesis de los principios de la otra?

Ya saben ellos que pocos adeptos a sus sectas van a conquistar en nuestra Patria, que no entiende de religiones medias, pero lo lamentable es que lo que quizás puedan conseguir, y esto es lo que desean sus corifeos, es descristianizar más y más nuestra Patria. ¡Alerta, católicos!, que las consecuencias de nuestra descatalogización pueden ser terribles. ¿No hemos experimentado varios reveses durante más de un siglo de dominación liberal, hasta llegar últimamente al terror marxista, que vino a contener nuestra Cruzada de Liberación? ¡Alerta!, que la caridad de Cristo nos exige que no toleremos semejantes abusos. Y que nadie se escandalice, entre aquellos católicos contagiados de "lo liberal", que llegan a confundir la caridad cristiana con la tolerancia cristiana.

* * *

Ya dijimos más arriba que la tolerancia dogmática de cultos, llamada comúnmente también, libertad de cultos, debe ser rechazada siempre y en todas las partes, por todo aquel que se precie de católico. Pero, preguntará alguno: ¿y en cuanto a la tolerancia civil de cultos?

Ante todo conviene recordar que Pío IX condenó las siguientes proposiciones:

"En nuestro tiempo no es ya conveniente que la Religión Católica sea la única religión del Estado, con exclusión de cualquier otro culto." (Syllabus, 77). Condenada.

"Por eso merecen elogio ciertos pueblos católicos, en los cuales se ha provisto, a fin de que los extranjeros que a ellos llegan a establecerse, puedan ejercer públicamente sus cultos particulares." (Syllabus, 78). Condenada.

El Papa León XIII en su Encíclica "Inmortale Dei", después de condenar, al igual que los Pontífices anteriores, los "libertades de perdición", y entre ellas la libertad de cultos, como contrarias a la Religión y al derecho, expone la doctrina de la hipótesis de la siguiente manera: "En verdad, aunque la Iglesia juzga no ser lícito el que las diversas clases o formas de culto divino gocen del mismo derecho que compete a la Religión verdadera, no por eso condena a los encargados del Gobierno de los Estados, que, ya para conseguir algún bien importante, ya para evitar algún grave mal, toleren en la práctica la existencia de dichos cultos en el Estado."

Su Santidad el Papa Pío XII, en su discurso dado a los participantes en el V Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos (6 diciembre 1953), confirma una vez más la constante doctrina defendida por los Sumos Pontífices acerca de la tolerancia, la cual es recordada también con insistencia por el eximio Cardenal Ottaviani, una de las primeras figuras doctrinales de la Iglesia, en su discurso pronunciado el Día del Papa (2 marzo 1953), sobre los "Deberes del Estado Católico con la Religión".

No se invoque, vistas las sabias orientaciones pontificias, al efugio liberal de la "teoría del péndulo", en cuanto al Magisterio ordinario de la Iglesia, ya que dicha teoría, que tanto sirvió de parapeto a los católicos-liberales para defender las violaciones de los derechos del Divino Rey, está expresamente condenada por Pío XII en su Encíclica "Humani Generis": "Del Magisterio ordinario (de los Sumos Pontífices) también valen aquellas palabras: "El que a vosotros oye a Mí me oye" (Luc. X, 16).

* * *

Ahora bien; estamos en España, y como españoles debemos dar solución práctica y adecuada a la siguiente pre-

gunta: ¿Está España en tales circunstancias de hipótesis, para aceptar como lícita la tolerancia civil de cultos de los disidentes?

Para dar solución viable a dicha pregunta, no debemos responder guiados exclusivamente según nuestro juicio particular y caprichoso, por razonable que nos parezca. Debemos, ante todo, acatar y someternos al juicio de la Jerarquía Eclesiástica española, que en sabias Pastorales ha ilustrado a los fieles como deben pensar y proceder tocante a ello.

Ya en el siglo pasado, cuando la legislación liberal establecía la libertad de cultos — artículo 21 de la Constitución de 1869 — o la tolerancia religiosa — artículo 11 de la Constitución de Cánovas de 1876, vigente hasta la II República —, todo el Episcopado español se levantó en energías pastorales defendiendo nuestra Unidad religiosa — legislada en el artículo 1.º del Concordato de 1851 — y protestando contra semejantes abusos de la legislación civil. La enérgica protesta de Pío IX contra el Código conservador, condenando solemnemente su artículo 11 como violador de los "derechos de la verdad y de la justicia" y de "lo más noble y precioso establecido en el Concordato", acabó por poner un broche de oro a dichos documentos episcopales.

Las normas que más tarde — año 1911 — dió San Pío X a los católicos españoles, fué una prueba más de cómo la Iglesia ha defendido siempre la Unidad católica en nuestra Patria: "Debe tenerse como principio cierto que en España se puede siempre sostener, como de hecho sostiene muchos nobilísimamente, la tesis católica, y con ella el restablecimiento de la Unidad religiosa. Es deber, además, de los católicos el combatir todos los errores reprobados por la Santa Sede, especialmente los comprendidos en el "Syllabus" y las libertades de perdición comprendidas en el "derecho nuevo" o liberalismo, cuya aplicación al Gobierno de España es ocasión de tantos males".

Con motivo de la propaganda protestante realizada en España en estos últimos tiempos, han sido muchos los Obispos españoles que en sus Pastorales han defendido nuestra Unidad católica, culminando tan noble defensa en la Instrucción de los Excmos. y Rvmos. Metropolitanos Españoles, fechada en Madrid en 28 de marzo de 1948, y publicada después de recibir el "Nihil obstat" de la Santa Sede.

Nuestro dignísimo Prelado, en su Carta Pastoral "Unidad Católica y tolerancia de cultos", fechada en 20 de febrero de 1948, escribió: "Para que hubieran de ser tolerados otros cultos, debería darse alguna de las dos causas que señala el Papa León XIII en la Encíclica "Inmortale Dei": ¿Se da algunos de estos motivos en España? Evidentemente, no. Por el contrario, serían de temer no pequeños males de toda concesión que pudiera romper, debilitar o simplemente poner en peligro nuestra Unidad católica. Estos males ya surgieron, según la previsión de nuestro insigne Balmes, a raíz de condescendencias excesivas, en el último tercio del siglo pasado y en los principios del actual. Ni se diga que la condición de los tiempos, las corrientes políticas modernas exigen otra cosa... Respecto a la tolerancia de otros cultos, enseña León XIII que cuanto más amplia sea, tanto más la sociedad civil dista *ab optimo* de aquello que es lo mejor... Y nosotros que, gracias a Dios, disfrutamos de lo mejor, y aquí, donde precisamente exige el bien público que se mantenga la Unidad religiosa, ¿habremos de ceder a exigencias infundadas y perniciosas por estupidez o cobardía? Hasta aquí nuestro Prelado, que, como puede verse, rechaza por completo la hipótesis de la tolerancia civil de cultos — se entiende en el fuero externo — en nuestra Patria.

El reciente Concordato, en su artículo 1.º, da una prueba más de cómo la Santa Sede continúa rechazando para nuestra Patria tales condiciones hipotéticas, que no

pocos sueñan como una realidad. A dicho Concordato se incorporó en el protocolo final el artículo 6.º del “Fuero de los Españoles”. Repárese bien que tan sólo se toleran las creencias religiosas que puedan tener los disidentes en su fuero interno y el ejercicio *privado* de su culto, y se prohíben, no sólo las manifestaciones y ceremonias públicas, sino también las *externas*. Por lógica irrefragable y por propiedad gramatical, no puede interpretarse dicho artículo de otro modo que de éste. Y si por tontos o maliciosos, o por ambas cosas a la vez, la lógica y la gramática no nos convencen, atengámonos humildemente a la interpretación que da del mismo el Magisterio eclesiástico español, al que debemos sumisión y reverencia. El Excelentísimo y Reverendísimo señor Cardenal Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, expone: “Después de este solemne Convenio, en el cual benignamente la Santa Sede, condescendiente con el Gobierno Español para evitar a éste daños o perjuicios en el orden internacional, tolerando el culto privado no católico, es obligatorio por parte del Gobierno de la Nación y de todas las autoridades civiles, no extender la tolerancia a lo que no sólo no autoriza, sino que expresamente prohíbe el artículo 6.º del “Fuero de los Españoles”. Tolerancia el culto privado, pero prohíbe el culto público y todas las ceremonias y manifestaciones externas de confesiones acatólicas. Sería manifestación externa cualquier reunión pública, cualquier concentración ca-

llejera, cualquier manifestación externa de capilla pública acatólica, carteles, etc...”

Ya lo ven nuestros hermanos indecisos y también nuestros adversarios. No es comprensible, pues, que ciertos periodistas españoles hayan podido interpretar el mencionado artículo 6.º de diversa manera, a lo “Código de Cánovas”. Tal abusiva interpretación, ¿por qué será? No, no podemos comprender cómo a veces se vierten en letras de molde conceptos que, paliando la interpretación del “Fuero de los Españoles”, tienden a asegurar a las minorías religiosas el respeto cuando actúan en el interior de sus templos. En primer lugar, ¿de dónde ha surgido la palabra “respetar”? Adviértase, en todo caso, que no es lo mismo “respetar” que “tolerar”. Además, “respetar” a los disidentes, como personas que son, es una cosa, pero “respetar” a los disidentes en sus actuaciones sectarias, poca diferencia va a respetar lo irrespetable — templos, propagandas y demás actuaciones heréticas —, lo que no es viable en católico alguno, nunca y en ningún lugar. Por otra parte, ¿qué se entenderá por “templo”? A nuestro humilde parecer, “templo” es un edificio o lugar destinado pública y exclusivamente a un culto verdadero o falso. Por tanto, ¿se nos podría demostrar si el artículo 6.º del “Fuero de los Españoles” respeta los templos acatólicos? Lo cierto es, que ni lo tolera — ni mucho menos los respeta —, y creemos haberlo podido patentizar.

DANIEL BOIRA

SOBRE LOS «SUCESOS DE LA GRANJA»

(A propósito de una crítica del libro de Federico Suárez)

Pocas personas habrá que, teniendo siquiera un barniz de cultura histórica, no hayan oído hablar, de manera más o menos chistosa, de la célebre bofetada recibida por el ministro de Fernando VII Calomarde, a la que él galantemente contestara: “Señora: manos blancas no ofenden.” Aquella bofetada ha sido para casi todos los historiadores el momento culminante de una serie de sucesos, acaecidos entre septiembre y octubre de 1832 en el Real Sitio de La Granja, y que por eso han sido llamados los “sucesos de La Granja”.

Sin duda ha contribuido mucho la tal bofetada, sea “histórica” o “legendaria”, a convertir esos sucesos en una especie de tragicomedia, en la que la “candidez” de Doña María Cristina, el “maquiavelismo” de Calomarde y la “honradez” y “decisión” de la Infanta Luisa Carlota, han formado un curioso cuadro de época bajo el cual quedara disimulado el triunfo del liberalismo.

Sólo con pensar que en aquellos momentos estaba España dividida en dos ideologías, que en general coincidían con los dos bandos dinásticos — carlistas-tradicionalistas y cristinos-liberales —, y que la causa de los referidos “sucesos” es precisamente la lucha del antiguo régimen *borbónico* por entregar España a unos o a otros, a la muerte de Fernando VII; sólo con pensar esto, digo, toma el cuadro de la bofetada una seriedad y una trascendencia incompatibles en absoluto con el tono zarzuelero.

Por eso es digna de todo encomio la seriedad con que ha sido realizada la obra de Federico Suárez (1).

No hace mucho se ha publicado en un gran periódico madrileño (2) una crítica del libro que nos ocupa, firmada

por el eminente historiador Fernández Almagro, en un tono completamente laudatorio.

“Procede Federico Suárez — dice el crítico — con objetividad y sutileza, autorizado por un repertorio documental, con el que no contaron ciertamente quienes a investigar prefirieron repetir. Técnicamente no cabe más escrupuloso estudio de fuentes que el llevado a cabo por Federico Suárez en una “Introducción”, que bien puede servir de ejemplo, así como su análisis, concretamente de *las causas de la deformación experimentada por la verdad de los famosos sucesos.*” y más adelante: “Federico Suárez allega, gracias a sus investigaciones, documentos tan importantes como una declaración autógrafa, rica en detalles, de doña María Cristina; unos “Apuntes” de González Maldonado, oficial de Gracia y Justicia; una “Exposición” de Calomarde, ya en el destierro, y otros escritos del mismo discutido hombre político; una nota del Marqués de Zambrano, ministro de la Guerra a la sazón; una carta “reservadísima” de Sáinz de Andino al Rey Fernando “sobre el muy crítico y peligroso estado del reino”, etc. Tales documentos permiten a Federico Suárez reconstruir cuanto aconteciese en La Granja, antes y después de la derogación de la Pragmática, y profundizar en el examen de las consecuencias inmediatas del golpe de Estado que centra estos sucesos.”

Sin embargo, después de hacer pensar al lector que se trata de un trabajo que, merced a los descubrimientos documentales, trae importantes aportaciones al estudio de los famosos “Sucesos”, continúa con estas palabras: “Nos parece que las líneas generales de la versión comúnmente aceptada sólo sufren alteración en determinados detalles”.

¿Y cuáles son esas líneas generales de la versión comúnmente aceptada? El señor Fernández Almagro las resume así: “Los elementos de la versión a que dieron esta-

(1) “Los sucesos de La Granja”. Premio “Luis Vives”, 1951. C. S. I. C. Escuela de Historia Moderna, Madrid, 1953.

(2) “ABC”, 10 de julio de 1954.

do histórico Lafuente, Villaurrutia, Ballesteros, Aguado Bleye, etc., y que Federico Suárez impugna, en gran parte, son los siguientes: "existencia de una intriga encaminada a arrebatarse la corona a la princesa Isabel y darla a Don Carlos; amedrentamiento de la Reina (doña María Cristina de Nápoles); estado agónico e inconsciente del Rey (Fernando VII) en el momento de la firma del decreto derogatorio; papel preponderante de Calomarde; destrucción de la trama por la Infanta Luisa Carlota, que abofetea al ministro aragonés, y rompe el Decreto."

He de confesar que después de leer el libro no comprendo el juicio del señor Fernández Almagro, ni siquiera a pesar de que lo hace preceder de un "nos parece...". Comenzando por la primera de las "líneas generales de la versión comúnmente aceptada", "la intriga encaminada a arrebatarse la corona a la Princesa Isabel y darla a Don Carlos", copiaremos lo que dice Suárez: "Contra estas afirmaciones sabemos, según se vió antes, que en el Ministerio la Reina tenía mayoría de adictos (Salazar y López Ballesteros, pues Calomarde era puramente fernandino); acerca del Cuerpo Diplomático es imposible especificar, si bien la generalidad era afecta a la sucesión masculina; pero no se sabe que influyeran lo más mínimo o, al menos, no está probado; y ya se vió que contaba con la Diputación de los Reynos y que la servidumbre no era afecta al Infante." (3). Y el Marqués de Zambrano, en la "Nota histórica" que inserta Suárez en el Apéndice, hablando del Consejo de ministros que se reunió el día 14 de septiembre con motivo del mal estado de la real salud, dice: "Como había una ley casi reciente que señalaba terminantemente la sucesión a la Corona, ni aun por incidente se tocó este punto, que debió considerarse definitivamente resuelto." (4).

El segundo de los "elementos" es el "amedrentamiento de la Reina, aislada en un ambiente hostil y favorable a Don Carlos."

Sobre este punto sólo insertaré un fragmento de la declaración autógrafa de María Cristina, que también viene entera en el Apéndice. Dice así: "Viendo yo que, según me lo hacían conocer, iba a haber indudablemente una guerra civil, y queriendo el bien de la nación, que es todo mi anhelo, viéndola, según me dijeron, dividida en partidos: el de Carlos, muy fuerte; el de los liberales, que siempre lucharían al lado más débil para que hubiese más sangre, y, al fin, el de los extranjeros, los cuales no deseaban más que disensiones en la familia para repartirse la España, despedazarla y hacerla infeliz, fué lo que me hizo tomar el ejemplo de la mujer cuyo hijo quería Salomón partir y que ella gritó: no partírla, no matarla, mas dárselo a la otra entero; así yo para salvar la nación del peligro que me hacían ver inminente, dije a Fernando que me parecía llamar sin que hubiera ningún antecedente, a los Infantes, al Cuerpo Diplomático, a los Ministros, a los Gefes de la Tropa, y a los que pudiesen encontrarse que representasen las Provincias de España, a los Grandes, y decir delante de todos a Carlos que habiendo oído, a no poderlo dudar, como él no podía ignorar, que había diferentes opiniones acerca de la ley de sucesión en favor de la niña, por esto quería saber cuál era su parecer y si quería defenderla o no: en caso que hubiese dicho que no, entonces le habría yo contestado: Y bien, para hacerte ver que no es la corona lo que desea mi corazón, sino el bien de todos, y el verdadero amor a los españoles y a la nación era no hacer derramar la sangre tan querida para mí, yo por esto cedía los derechos de mi hija con la promesa de que Carlos debía hacer feliz la nación, y que no se debía derramar una sola gota de sangre." (5).

Esta idea, que de haberse puesto en práctica hubiera solucionado el pleito inmediatamente en favor de Don Car-



Enfermedad de Fernando VII

los, no se llevó a cabo por haberla disuadido precisamente el que pasa por más "carlista", el Conde de la Alcudia, que propuso una negociación privada con el Infante en lugar de aquella magna reunión proyectada por la Reina. Con esto queda bien claro el "amedrentamiento" de la Reina, y la "hostilidad" de su más hostil ministro.

Otro elemento de la susodicha versión "tradicional" es el estado agónico e inconsciente del rey en el momento de la firma del Decreto derogatorio. A esto contesta Suárez que "mientras no se pruebe lo contrario, el testimonio de Calomarde, el de María Cristina y el de Alcudia son válidos y prueban la lucidez y libertad del rey en aquel acto." (6).

De los tres testimonios que alega Suárez, sólo insertaremos un fragmento de Calomarde, en el que explica el diálogo que sostuvo con el "agónico e inconsciente rey" acerca de la Derogación: "Luego que fuí introducido (al aposento del Rey), S. M. el Rey me hizo relación de algunas ocurrencias; le interrumpí diciéndole no se fatigase, pues estaba enterado de todo.

—¿Y qué se hace?

—Lo que V. M. quiera.

—¿Se podrá oír al Consejo reservadamente?

—Señor, donde hay muchos no puede haber secreto, y, además, puede llegar tarde, aunque espero en la Santísima Virgen, que pasó ayer tarde en rogativa, que V. M. saldrá del peligro en que se halla.

—¿Pues qué se hace?— preguntó de nuevo, a lo que contesté:

—Para evitar que pueda haber efusión de sangre, es preciso poner un decreto derogando la Ley de Partida.

La Reina dijo:

—No quiero sangre.

El Rey contestó:

—Pon el decreto, pero a condición de que nadie lo ha de saber hasta después de mi fallecimiento.

—Señor — le dije —, los ministros deben saberlo, y ellos guardarán secreto — a lo que contestó Su Majestad:

—Está bien; ponlo y quede reservado en tu secretaría hasta que llegue el caso.

—Señor — le repetí —, es preciso que los Ministros presencien la lectura y firma; sírvase V. M. decirme a qué hora — y me contestó:

—A las seis de esta misma tarde" (7).

El papel preponderante del ministro cuyas son las líneas transcritas, es otro de los elementos de la versión tantas veces citada.

(3) pp. 197-98.

(4) p. 349.

(5) p. 106.

(6) p. 214.

(7) p. 127.

Sin embargo, el mismo Calomarde, en su *Carta de Tolosa*, de 6 de marzo de 1833, a un requerimiento que desde Madrid le hicieron, contesta: "Como V. S., ignoro igualmente quiénes fueron los ilusos y desleales que le aconsejaron a S. M., y sólo oí después que se atribuyó a una parte de los diplomáticos que allí se hallaban" (8). Y Suárez, después de un riguroso estudio, concluye: "Las cosas, pues, sucedieron entre el rey, la reina y Alcudia, y la versión de Donoso y el barón de los Valles es cierta en cuanto a este punto" (9).

Finalmente, el último de los elementos es la bofetada de Calomarde y la destrucción del decreto por la Infanta Luisa Carlota. Del estudio que hace Suárez se deduce que el cambio de actitud no se debió a la vuelta de la hermana de la Reina, aunque esto pudiera ayudar, sino a la mejoría del Rey, y al golpe de estado que prepararon los liberales aprovechando la honradez del Infante don Carlos, que se negó a cualquier actuación mientras viviese su hermano. La Reina cayó en el garlito, y en adelante la alianza de la monarquía con la revolución fué un hecho. "La fuerza del poder real se había desvanecido en los sucesos de La Granja — dice Pacheco, citado por Suárez (10) —; su parte moral yacía en el lecho de Fernando; su parte material había pasado a las órdenes del bando carlista. El realismo puro y dinástico acababa de aparecer impotente en medio de aquellos dos grandes partidos (el liberal y el carlista)."

Al llegar a este punto, vuelvo a repetir que no comprendo el juicio de Fernández Almagro: "Nos parece que las líneas generales de la versión comúnmente aceptada sólo sufren alteración en determinados detalles."

Y continúa el juicio del crítico:

"En el juego de las fuerzas políticas y sociales allí representadas, en la matización de las intervenciones que respectivamente tuvieron la Infanta Luisa Carlota, Calomarde, el conde de Alcudia, el barón Antonini o el propio don Carlos; en la fijación cronológica de semanas tan azarosas, y en algún otro extremo, radica la excelencia del libro, merced al cual se puntualiza y redondea el conocimiento de los sucesos de La Granja. Ya son éstos lo bastante trascendentales por el advenimiento de otra política y la relativa consolidación del régimen constitucional para que necesiten la amplificación de efectos a que el autor alude cuando escribe: «Tampoco es posible comprender sin los sucesos de La Granja hechos al parecer tan ajenos a ellos como el triste final de Isabel II o Alfonso XIII.» ¿No es esto afirmar demasiado?"

(8) p. 122.
(9) p. 122.
(10) p. 238.

Puesto que formula el crítico su juicio en forma de pregunta, nos será lícito contestarle nuestro parecer. No hubiera habido duda, desde luego, en contestar afirmativamente a su pregunta, en el caso de que Suárez hubiera hecho alguna hipótesis optimista sobre el curso de la Historia de España si hubiera reinado la rama carlista. Pero fijarse en dos hechos y, examinándolos, ver la causa del uno en el otro, no me parece aventurado, sobre todo siendo tan claro que fué la Revolución la que echó a los Borbones, la Revolución con la cual se aliaron en La Granja para poderse mantener en el trono. Porque no hay que olvidar que, merced a los sucesos de La Granja, la "España absolutista de Fernando VII" tuvo el primer ministerio con miembros reconocidamente liberales, como Encima y Piedra y Ulloa, "jefes del partido constitucional", como les llama el barón de los Valles (11). Y que a continuación se dió aquella amplia amnistía que llamó Balmes "contrato tácito con el partido liberal" (12), y "primera piedra del edificio que se proyectaba levantar contra el carlismo", en frase del liberal Bayo (13), y que yendo por ese camino se llegó a aquella malhadada alianza para "salvar" el trono de Isabel; amalgama en la que "despojándose de sus nombres propios, y aceptando una denominación común — dice Donoso Cortés — liberales y monárquicos se llamaron desde entonces para adelante cristinos" (14). De lo cual resultó que "inclinado el platillo de la balanza a favor del partido liberal — sigue Donoso —, no era difícil prever que, corriéndose al fin por el lado hacia donde se inclinaba, había de llegar al suelo; y como ésta era la persuasión de las gentes, resultó de aquí que, apresurándose todos a rendir homenaje a los que debían al fin y al cabo vencer, todos contribuyeron a hacer más fáciles sus triunfos" (15).

Y el ecuaníme Balmes dice también a este respecto: "En 1832 la revolución estaba ya muerta; los consejeros de la Reina Cristina la hicieron resucitar; sin el auxilio de una mano entonces tan poderosa, la revolución yacería en la misma inmovilidad en que la tenía la autoridad del difunto monarca" (16).

Y esto supuesto, la matanza de los frailes, la regencia de Espartero, la revolución del 54 y, en definitiva, la caída de Isabel II, ¿de quién pueden ser triunfos sino del liberalismo y la revolución?

Y con esto dejamos al lector. Juzgue él de la obra de Suárez y de la crítica de Almagro.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

(11) "Un capítulo de la historia de Carlos V", Perpiñán, 1837, p. 25.
(12) "Situación de España", Esc. Pol., t. II, p. 120 (ed. P. Casanovas).
(13) "Historia de Fernando VII", t. III, p. 369.
(14) "Historia de la Regencia", p. 523 (ed. Orti y Lara).
(15) Ib., p. 524.
(16) "La revolución y el Gobierno", Esc. Pol., t. VII, p. 266.

CINCO NUEVOS SANTOS EN LA IGLESIA CATOLICA

Apenas apagado el clamor de entusiasmo que en Roma y en todo el mundo levantó la reciente canonización del Papa Pío X, cinco nuevos siervos de Dios han sido elevados al honor de los altares, todos ellos casi contemporáneos nuestros, cuyas vidas, si se excluye la de Domingo Savio, se desarrollaron en un marco de lucha, de persecución y de martirio que realza aun más la ya intrínseca ejemplaridad de su canonización.

La diversidad de sus caracteres y aun de circunstancias en que resplandeció su virtud heroica no impide que sobresalga como nota común a todos ellos el abandono confiado a la gracia de Dios, cuyo infinito poder obró en sus vidas prodigios que la razón humana no puede fácilmente explicar.

* * *

San Pedro Luis Chanel, primer mártir de Oceanía, incorporó al seno de la Iglesia católica la isla de Futuna perdida en el Pacífico. Si se mira con ojos humanos, ninguna circunstancia favorecía la posible conversión de los salvajes que habitaban la isla, canibales y antropófagos todos ellos. Los que pretenden la utilidad inmediata en todos los esfuerzos hubiesen condenado quizá la audacia del santo, buscando en la prudencia, siempre tan mal entendida, el supremo argumento que le pudiera hacer desistir de su intento. La costumbre de considerarlo todo tejas abajo, compatible con una formularia y aun habitual apelación a los recursos divinos, ciega a muchos que militan en la Iglesia católica sin tener conciencia bastante de los elementos salvíficos que encierra en su seno. San Pedro Luis Chanel no tenía esta visión, a pesar de que sus esfuerzos heroicos, coronados por un martirio aparentemente infecundo, no conseguían de inmediato fruto alguno que le diera un mínimo estímulo, si el apostolado lo hubiera entendido bajo el prisma de la satisfacción humana y personal. Es Jesucristo y su gracia quien en definitiva ha de obrar el milagro de la conversión del infiel. El era un instrumento y la conciencia de ser sólo eso, a la vez que le mantenía en una línea de perpetua humildad, hacía más eficaz su entrega a Aquel de Quien podía venir la salvación del pueblo confiado a su celo inagotable. La Virgen hizo el milagro. No en vano la invocaba con la confianza fervorosa de un hijo. Futuna, apenas fué él martirizado, experimentó una transformación sobrenaturalmente radical. Y hoy es un florón de la Iglesia y una de sus avanzadillas en el inmenso océano Pacífico, en el que San Pedro Luis Chanel plantó, cual otro Javier, la Cruz por la que el mundo entero se ha de salvar.

A San José de Pignatelli, un poco más lejano a nosotros, le tocó vivir, sin embargo, un tiempo en que la persecución contra la Iglesia arreciaba con una fiereza sólo superada quizá por la sutil perversidad con que hoy es combatida en todos los campos y por enemigos que pretenden presentarse como sus protectores.

La Compañía de Jesús, a la que perteneció desde su más tierna juventud, fué el primer blanco al que apuntó sus tiros la Revolución naciente, incubada en los círculos enciclopedistas y en los antros de la masonería antes de que se manifestara estruendosamente en las calles de París.

También entonces — la táctica ha variado muy poco — el odio satánico que alentaba la persecución, se vistió hipócritamente con apariencias de celo por el bien de la sociedad y de la civilización. Y así fué más fácil desencadenar su obra destructora. Pero Dios escribe recto con líneas torcidas y los sufrimientos y privaciones experimentados sir-

vieron, lo primero, para limpiar las impurezas de que siempre suelen ir acompañadas las más excelsas empresas mientras sus impulsores sean hombres; y, sobre todo, para suscitar o poner más de manifiesto la virtud del santo español.

Porque San José de Pignatelli fué el medio de que se valió la Divina Providencia para mantener en su pristina integridad el espíritu de la Compañía entre sus miembros calumniados y cruelmente perseguidos. Y fué su restaurador y como segundo Fundador una vez que pasó la tempestad que humanamente debía o pretendía destruir aquella orden religiosa que tantas glorias proporcionaba a la Iglesia de Dios.

Es la prueba y la prueba dura y larga la que da fe de la virtud verdadera. En la hora del desaliento ha de mostrarse el ánimo esforzado. Cuando todo se resquebraja y no queda resquicio alguno para la confianza razonable, debe resplandecer la virtud teologal de la esperanza que sólo cabe en quien tiene fe y vive de la fe. Todo esto se dió en grado supremo en nuestro santo, que con sobrehumana paciencia sufrió silenciosamente los embates de una persecución furiosa que contaba con poderosísimos medios en todas las cortes borbónicas, envenenadas por los hierofantes de la Ilustración. Que contaba — hay que aclararlo — con todo, menos con que Dios estaba con aquellos a quienes ellos castigaban.

Sufrir y hacer llevadero el sufrimiento de los demás, tal fué, en buena parte, la excelsa misión de San José de Pignatelli, espejo en el que se miraban sus hermanos y subordinados y bastión en el que se sostenían las esperanzas de la anhelada restauración que tuvo en él un propulsor abnegado y eficazísimo.

Todas sus cualidades y talentos, su mismo ilustre lin-



San José de Pignatelli S. J.

PLURA UT UNUM

je que para otros es motivo de vanidad, fueron en él otras tantas armas puestas al servicio de un ideal divino. Y así es cómo fructificaron en un grado incomprensible si se prescindiera de la Gracia que les daba vida, hasta conseguir dar a la Compañía que algunos daban por perdida con prematura e incontenible impaciencia, el impulso decisivo que luego la hizo prosperar indefinidamente en tiempos de mayor bonanza.

La semejanza de los tiempos en que vivió San Gaspar del Búfalo y los nuestros hace más interesante su figura. Preparado espiritualmente en la época prerrevolucionaria que anunciaba batallas inminentes, supo hacer frente con entereza a las imposiciones de Napoleón, lo que le valió la persecución y el destierro de Roma, donde vivía, y que fué, junto con el centro de Italia, el marco donde se desarrolló su fecundo apostolado, renovado con intensidad a la caída del Emperador y regreso de Pío VII, encarcelado por él.

Después que pasó el soplo de la Revolución con sus estragos, más graves e irreparables aún en lo espiritual que en lo material, se entregó San Gaspar del Búfalo mediante la Congregación de los misioneros de la Preciosísima Sangre, por él fundada, a una profunda campaña de renovación de las costumbres, cuyos resultados fueron prodigiosos, sobre todo en Roma, que el Papa Pío VII confió a su ardiente celo apostólico.

Resistió los halagos a las dignidades eclesiásticas que tanto enturbian, ¡ay!, intenciones y propósitos por otra parte laudables, con la misma energía con que se negó a jurar lealtad a Napoleón. El sólo estaba al servicio de Dios; y la predicación de su palabra salvadora desde los púlpitos romanos y en las plazas y calles de otras ciudades italianas, fué el único objeto de su vida, relativamente corta y sin embargo pródiga en sacrificios heroicos, que hacían más eficaz su palabra elocuentísima. Era un mundo nuevo el que ya entonces predicaba por expreso en cargo del Papa, un mundo que fuese la reacción y en cierto modo la antítesis del que vino a instaurar la Revolución Francesa. Hacían falta arrestos y voluntad de santo para acometer una empresa que iba a hacer frente a un espíritu tan opuesto al cristiano. San Gaspar del Búfalo la empezó en Roma con frutos ubérrimos que muestran a la generación presente y a todas las que vendrán las inmensas posibilidades de un apostolado oral que apuntando a la raíz verdadera de los males, se atreva a mostrar con audaz generosidad la única y sobrenatural solución que los pueda definitivamente remediar.

* * *

Santa María Crucificada di Rosa es un ejemplo vivo de la potencia social inmensa que alcanza el ejercicio de la caridad. Como San Vicente de Paul en Francia, aunque en un plano distinto y en cierto modo más limitado, por razón de su sexo, María Crucificada desarrolla en los hospitales y en los ambientes populares donde es más grande la miseria, una labor extensa y profunda, que, apuntando con preferencia y en la intención al consuelo espiritual, cura también y remedia del todo las múltiples necesidades de las que vivían abandonadas y faltas de socorro material y moral.

El motor de una tan intensa y eficaz caridad, lo llevaba escrito en su mismo nombre, María Crucificada. Sólo el amor y la entrega incondicionales a Jesús Crucificado explican en su caso y en tantos otros que se le asemejan el que un ser débil pueda multiplicarse hasta producir con pobrísimos medios humanos tan abundantes frutos, inalcanzables para otros — hombres poderosos o instituciones

taradas de un humanitarismo inconsistente — que en vano tratan de suplir con un alarde de recursos la inmensa variedad del que no actúa movido por el amor.

La conclusión — la ejemplaridad — brota espontáneamente y siempre dentro de la misma línea en que se mueve la de los demás santos recientemente canonizados: existe un camino, recorrido sólo por unos pocos, cuya meta es la felicidad de los hombres, la siempre relativa y escasa felicidad que aquí abajo es posible conseguir. Este camino que abrió Jesucristo con su palabra y con su ejemplo, está ahí, gracias a los santos, no como una quimera o una utopía, sino como una realidad posible, a la que no será lícito renunciar después que los otros caminos se han mostrado todos engañosos. Santa María Crucificada, fundadora de una Congregación para el continuo ejercicio de la reina de las virtudes cristianas, hizo en este sentido la más ambiciosa y práctica actividad social (hay que usar el calificativo de moda, o el sustantivo que no es lo mismo) que cabe realizar. Todas las iniciativas y sugerencias nuevas que en este campo importantísimo puedan aportarse tienen un nuevo patrón a que imitar.

* * *

Santo Domingo Savio, prodigio de santidad en la edad más tierna es un ejemplo más, cuyo atractivo crece quizá por la proximidad a nosotros, del infinito poder de la gracia que hace fuerte al que es naturalmente débil y concede la más alta sabiduría al que es despreciado por ignorante.

Domingo Savio, puede decirse, no tuvo casi tiempo material para escalar las cimas de la santidad. Murió siendo un niño de 15 años. No hay en su vida rasgos de ese heroísmo aparatoso a que algunos parecen ceñir la virtud y aun la santidad misma. Y sin embargo, los ejemplos de piedad acendrada de que está llena su vida, sus precoces anhelos apostólicos, su pureza angelical que contagiaba y enamoraba a sus condiscípulos del oratorio salesiano de Valdocco fueron por sí solos, y son todavía, una predicación de perpetua elocuencia y un aliento constante para la juventud necesitada de modelos de santidad asequible (“siento el deseo y la necesidad de hacerme santo — decía él —, yo no pensaba poderme hacer santo con tanta facilidad...”) que no le haga retroceder, por tanto, ante una meta considerada equivocadamente como imposible.

* * *

No era una rescensión biográfica lo que se pretendía con estas líneas. Es la hora de los santos, se ha escrito por pluma mucho más autorizada que la nuestra, y, por tanto, está en el primer plano del interés informativo y formativo el hecho de una quintuple canonización. La Iglesia que gobierna el mundo con sabiduría divina propone y consagra cinco nuevos ejemplos para que no miremos tan a ras de tierra ni hagamos coro a la multitud de los desalentados cuando se trata de examinar el presente y el futuro del mundo nuestro. Ciertamente que los acontecimientos externos deprimen al ánimo más templado; cierto también que siguiendo como sigue el mundo caminos tan contrarios a los que marcaron con sus vidas los santos, se aparta voluntariamente y por tanto culpablemente del único que nos puede dar la paz. Pero ahí queda gracias a ellos sin prescribir una doctrina alcanzable. Y ahí también proclamada con la rúbrica de una vida generosa y ejemplar la eterna vigencia del ideal que ellos supieron hacer realidad con los mismos medios que la Iglesia pone cada día a nuestro alcance, cimentando con ellos la única esperanza para el mundo que ha de venir.

ROBERTO COLL VINENT



¿Se aprecia como es debido la palabra del Papa?

Acabo de leer nuevamente, ahora de un modo más sosegado como para hacer meditación sobre ella, la alocución de Su Santidad exaltando las excelsas virtudes de Pío X al elevarlo al honor de los altares.

No sé si a todos pasará lo mismo; pero es el caso que a mí, de un tiempo a esta parte, desde que encontré solaz sacerdotal en estas columnas, siento en el alma no poder comentar las múltiples sugerencias, y todas de gran actualidad, que ofrecen los documentos pontificios. Son tantos, se suceden tan rápidamente uno tras otro, que unas ganas de tomar la pluma se engarzan con otras, sin darle a uno tiempo apenas para hilvanar las aplicaciones pertinentes al ambiente que nos rodea. No es que pidamos al Señor una tregua, no. Tan lejos de nosotros la más mínima sospecha de esto, cuanto que lo consideraríamos un pecado contra el magisterio ordinario de la Iglesia.

Antes al contrario, nos vienen al instante las palabras de San Pablo a Timoteo: *"Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanidad y doctrina; pues vendrá un tiempo que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se rodearán de maestros conforme a sus pasiones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio"* (II, 4, 1-5).

Y hoy es innegable la necesidad que tenemos todos de que esta palabra insistente nos llegue de muy arriba. Para los pastores de almas, que se ven abrumados por tantos problemas, no cabe duda que es un rayo de luz, de esperanza y de vida, la voz que llega de la cátedra de Pedro, siempre orientadora, llena de aliento y confirmatoria de la Verdad eterna.

De aquí nace nuestro pesar por no verla propagada como es razón y por

no poder contestarnos satisfactoriamente nuestras dudas: ¿Se aprecia en la medida que se debe la palabra pontificia? Es cierto que en caso afirmativo no nos sentiríamos quizás tan impelidos a querer comentar con reiterada urgencia la palabra del Papa, si no fuera para calcar sobre ella algún punto de vista doctrinal, porque de constarnos que cada estamento a los cuales se ha dirigido hubiese procurado enterarse de ella — no digo empaparse, que es lo que debíamos escribir —, y de que las luces de cada una de sus encíclicas y mensajes hubiesen iluminado todas las inteligencias para las cuales se han proyectado, sin duda alguna que tendríamos por osado atrevimiento lanzarnos a comentar algunas de las facetas que a veces comentamos ahora, movidos por ese interrogante que fundamentalmente nos acucia cada vez que tenemos a la vista un documento de Pío XII.

Sin apartarnos del lugar en que estamos, es decir, de la misión que se ha impuesto nuestra CRISTIANIDAD con sus *separatas*, ¿cuántos hay de sus lectores (que, dicho sea en honor de la verdad, muchas revistas quisieran para ellas) que lean íntegramente estos escritos, los más autorizados de la actualidad en orden a la sobrenaturalización de nuestros tiempos? Adrede he puesto leer, no meditar.

Precisamente por eso, contestaría la mayoría, porque nos gusta ponderar lo que leemos, lo dejamos para un momento que estemos más libres de preocupaciones...

Y así se van amontonando *separatas* y números de la revista o artículos que se dejan de leer para ocasión menos parca de tiempo, con lo cual muchos se quedan en ayunas de los espléndidos frutos que lograrían con la inmediata consideración y consiguientes aplicaciones.

Pongamos como ejemplo el que se desprende de la misma alocución citada. El Papa nos decía: "Pío X fué durante su vida el campeón ilustre de la Iglesia, y, por lo mismo, es hoy el Santo dado por la Providencia a nues-

tra época. Por eso deseamos que *contempléis precisamente desde este punto de vista la gigantesca y dulce figura del Santo Pontífice, para que, cuando las sombras de la noche hayan caído sobre esta jornada memorable y se hayan apagado las voces del inmenso hosanna*, el rito solemne de su canonización permanezca como una bendición en vuestras almas y como prenda de salvación para el mundo."

Preguntémosnos ahora: ¿Las falanges de católicos se han dedicado a *contemplar precisamente desde este punto de vista la gigantesca y dulce figura de Pío X?* ¿Se han percatado de los ardientes votos con que termina su primera parte: "¡Ojalá que este espíritu de justicia y de derecho, del que fué Pío X para el mundo contemporáneo testigo y modelo, penetre en las salas de las conferencias de los Estados, donde se discuten problemas gravísimos de la familia humana, en particular el modo de desterrar para siempre el temor de espantosos cataclismos y de asegurar a los pueblos una era duradera y feliz de tranquilidad y de paz!"? ¿Nuestras oraciones han buscado la intercesión del nuevo Santo para alcanzar gracia tan singular? ¿Nos hemos dirigido a su protección para que el espíritu del Derecho Canónico aletee de continuo en aquellos para quienes fué redactado?

Y si pasamos a la segunda parte, nuestros considerandos se centuplicarían. Empieza de esta forma: "Pío X se reveló también campeón invicto de la Iglesia y Santo providencial de nuestros tiempos en la segunda empresa que caracterizó su obra y que, por sus episodios a veces dramáticos, se asemejó a una lucha entablada por un gigante en defensa de un tesoro inestimable: la unidad interior de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe. Ya desde la niñez, la Providencia divina había preparado a su elegido en una humilde familia, fundada sobre la autoridad, las sanas costumbres y la fe misma escrupulosamente vivida. Sin duda, cualquier otro Pontífice, en virtud de la gracia de estado, habría combatido y rechazado aquellos asaltos lanzados contra el fundamento de la Iglesia. Con todo, hay que reconocer que la lucidez y firmeza con que Pío X dirigió la lucha victoriosa contra los errores del *Modernismo* atestiguan en qué grado ardía en su corazón de Santo la virtud de la fe. Solícito únicamente de que la grey confiada a sus desvelos conservase intacta la herencia de Dios, el gran Pontífice no conoció debilidades ante cualesquiera dignatarios o personas de autoridad, ni titubeos frente a doctrinas falsas, por más que se

EL BIELDO Y LA CRIBA

mostrasen atrayentes, dentro o fuera de la Iglesia, ni temor alguno de procurarse ofensas contra su persona o injusto desconocimiento de la pureza de sus intenciones.”

¡Cuántas debilidades, a partir de su Pontificado, no se han ocultado con los nombres de una caritativa transigencia o falsa diplomacia! Y lo más lamentable es que, para justificar tales actitudes, se han aducido palabras o actuaciones pontificias caprichosamente interpretadas. ¡Cuántos titubeos y temores por no procurarse ofensas contra su persona o injusto desconocimiento de la pureza de sus intenciones! ¡Para los tales en verdad que Pío X no sería santo de su devoción! Sería, sí, el santo de la comunión de los niños... No añadamos más.

La lectura de esta segunda parte me ha obligado a repasar la encíclica *Pascendi*, que hacía tiempo no había tenido en mis manos. Y a fe que pasé un buen rato con ella. Hoy día — no deja de tener ello su peligro — acostumbramos a tomar de los *Enchiridions* lo poquito que hace a nuestro caso y nos perdemos muchas veces el sabor precioso que tiene el documento y que le daría actualidad. Si Dios quiere, insistiremos otro día sobre ella. Sólo nos cabe preguntar ahora: ¡Cuántos serán de nuestros católicos cultos los que aquilatarán o intentarán aquilatar los párrafos con que Pío XII apunta mérito tan señalado del pontificado de Pío X? Conviene que los transcribamos para cerciorarse de que tiene su actualidad la doctrina que en ella campea.

“Doctrina, cual la del *Modernismo*, que separa, oponiéndolas, la fe y la ciencia en su origen y en su objeto, opera en estos dos campos vitales una escisión tan deletérea, que “poco más es muerte”. Se han visto prácticamente sus efectos: en el siglo que corre, el hombre, dividido en lo profundo de su ser y, sin embargo, ilusionado aún con poseer su unidad por una frágil apariencia de armonía y felicidad, basadas en un progreso puramente terreno, ha visto quebrarse esta unidad bajo el peso de una realidad bien diversa.

“Pío X, con mirada escrutadora, vió el aproximarse de esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción especialmente en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, es decir, una fe que no se funde en la revelación divina, sino que arraigue en un terreno puramente humano, para muchos se disolvería en ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia que, contra

la naturaleza y con voluntaria limitación, se cerraba el paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, de frente a la oscuridad invencible en que yacería para él todo ser, solamente una posición de angustia o de arrogancia. El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como *rationabile obsequium* hacia Dios y su revelación...”

Confieso sinceramente que no he llegado a hacerme una idea cabal del alcance extensivo y comprensivo que tuvo en su época el tal documento del 8 de septiembre de 1907. Como también desconozco cuándo empezaron a amortiguarse sus resplandores vivísimos, que a buen seguro aturdirieron y cegaron al enemigo en aquellos días.

¡Cuántos y cuántos no hubieran caído, como cayeron, en el error doctrinal o de apostolado, si hubiesen fijado sus ojos en la luz de este faro! Ya lo escribimos en otra ocasión. Y lo da a entender también Pío XII cuando añade: “Si hoy muchos, volviendo de nuevo los ojos a esta verdad, casi empujados por el vacío y por la angustia de su abandono, tienen la suerte de poderla encontrar firmemente poseída por la Iglesia, deben agradecerlo a la mirada previsoras de Pío X. Por haber preservado la verdad pura de todo error, él se ha hecho benemérito tanto para con los que gozan de esta verdad a plena luz, es decir, los creyentes, cuanto para con los que la buscan sinceramente. A los demás su firmeza contra el error puede tal vez que sea aún como piedra de escándalo; en realidad, no es otra cosa que un supremo servicio de caridad, hecho por un Santo, como Jefe de la Iglesia, a la humanidad entera.”

Y si todos los Santos han encontrado en la Eucaristía su fuerza vital, ¿a qué maravillarnos por ver a Pío X señalar el *Mysterium fidei* como arma de combate y manantial inagotable de fuerza, empeñado como estaba en esta lucha sin cuartel no sólo con el enemigo descubierto, sino también con el introducido solapadamente en las filas católicas?

No deja de ser verdad que desde entonces se haya notado un auge extraordinario en acudir con frecuencia al banquete eucarístico; pero cabe también el preguntarnos: ¿Nuestros católicos viven la comunión? ¿Saben lo que importa el comulgar? De buena gana copiaríamos aquí lo que se hizo ya en otra ocasión (números 196-197, año 1952, mayo-junio): las páginas del beato Juan de Ávila en su tratado

séptimo del Santísimo Sacramento, en la que pregunta una y otra vez a los fieles oyentes: *¿Qué es comulgar?*

Nos alargáramos demasiado. Recomendamos, sin embargo, su lectura para cotejarla con estas palabras tan graves que aparecen en la tercera parte de la alocución: “De aquí se sigue la grave responsabilidad de aquellos a quienes, como ministros del altar, compete el deber de abrir a las almas el manantial salvífico de la Eucaristía. Multiforme es ciertamente la acción que puede desarrollar un sacerdote para salvar el mundo moderno; pero existe una, sin duda la más digna, la más eficaz, la más duradera en sus efectos: hacerse distribuidor de la Eucaristía, una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de ella. Su obra no sería sacerdotal, si él mismo, aun llevado por el celo de las almas, pusiese en segundo lugar su devoción eucarística. Conformen, pues, los sacerdotes su mente a la inspirada sabiduría de Pío X, y orienten confiadamente hacia el sol eucarístico toda su actividad de vida y de apostolado. Igualmente, los religiosos, que viven con Jesucristo bajo el mismo techo y que se alimentan diariamente con su carne, tengan como segura norma lo que el Santo Pontífice declaró en ocasión importante, a saber: que los que los une a Dios por medio de los votos religiosos no deben posponerse a ningún otro servicio, por más legítimo que sea, en provecho del prójimo. El alma debe ahondar sus raíces en la Eucaristía, para extraer de ella la savia de vida interior, la cual no es sólo un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano, a quien Dios llama a la salud eterna. Sin la vida interior, cualquier actividad, por más preciosa que sea, se degrada a la categoría de acción casi mecánica, ni puede tampoco tener la eficacia propia de un operación vital.

“Eucaristía y vida interior; he ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la gloria. Como apóstol de la vida interior, él se sitúa en la era de la máquina, de la técnica y de la organización, como el Santo y el guía de los hombres de hoy.”

¡Ah, si los católicos apreciáramos como es debido la palabra del Papa! Por otros derroteros andaríamos y sentiríamos una verdadera sacudida de pujante sobrenaturalidad, que es lo que nos hace falta para ser la levadura capaz de hacer fermentar tanta masa amorfa.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

Un caso de conciencia literario

(CONCLUSION)

Siendo las obras literarias un fiel reflejo del modo de pensar y sentir de cada tiempo, las de la Grecia y de la Roma antigua ¿no pondrán a la juventud estudiosa en riesgo de contaminarse con los crasísimos errores y con las disolutas costumbres de aquella sociedad pagana? Aforismo lógico es que lo que prueba demasiado no prueba nada. La Iglesia y los Colegios católicos que por siglos enteros han estado enseñando esas Humanidades clásicas, ¿iban a hacerse cómplices de tamaña maldad pedagógica, si, aun viendo ese peligro, en sí real, no hubiesen visto a la vez lo fútil de la calumnia y lo fácil de precaverlo? Fuera de eso, ¿qué joven de hoy va a perder su fe cristiana ante la comedia de la Mitología gentílica? Es demasiado burdo el amasijo de errores tan pasados de moda. ¿Y qué escolar de hoy tropezará en su moralidad con las obras y pasajes inmorales de los latinos y griegos—que sí los hay—cuando, aunque los busque, no dará con ellos en los libros de texto, que se publican siempre expurgados? A buen seguro que, si un muchacho siente apetito de emporcarse en páginas lúbricas y provocativas, no irá a quemarse primero las cejas interpretando a duras penas el latín de los versos de Ovidio en algunas de sus peores obras. A montones, por desgracia, hallará lo que busca en tantas novelillas al uso, de fácil castellano y más fácil inteligencia por hablarle de lo de hoy, y no de usos exóticos de siglos pretéritos. No, no es de temer que de los elogios tributados al Clasicismo antiguo, con las reservas y precauciones debidas, se sigan los graves inconvenientes que hemos apuntado. El escándalo de quienes de ello se escandalicen merece llamarse escándalo de niños: *scandalum pusillorum*.

2. — ¿Y la caridad cristiana, comedia y comprensiva?

Otros invocan la obligación de guardar los respetos que la cristiana caridad exige. ¡Ah! Muchos en el día de hoy, que profesan un Evangelio mutilado, se olvidan que, cuando se atraviesan intereses de un bien común de más subidos quilates que el de un mero particular, ha de ceder el interés inferior al superior. Y en nuestro caso se pone a riesgo, por culpa de esas recomendaciones de los autores y libros desvergonzadamente inmorales o impiamente antirreligiosos, nada menos que la inocencia y la fe de muchas almas, y aun su eterna salvación. ¿O se habrán de arrancar de los santos

Evangelios aquellas páginas en que el manso y amabilísimo Jesús clamó con voz de trueno contra los que escandalizan a los demás? Es que cuanto uno más ama al prójimo con verdadero amor y cristiano, más intransigente se mostrará con quienes al prójimo hacen mal. Como leona salta la amorosa madre de familia contra el extraño que atenta a sus ojos contra la vida de su hijo o la honra de su hija. Y ahí se trata de la vida y de la honra temporal. ¿Se va a exigir al discípulo de Cristo que, viviendo, como debe vivir todo cristiano, de fe, tolere con pasiva indiferencia a los escritores que con sus obras empujen al pecado a sus prójimos?

Con justísima razón se indignará cuando en un diccionario de Literatura, un crítico de las obras del que fué el corifeo de la literatura pornográfica, Felipe Trigo, estampa sin reparo este elogio, incomprensible en quien haya conservado un adarme de sentido moral... y de sentido común: "Si Trigo hubiera sido francés o italiano, su nombre sería universal. ¿Que en ocasiones (casi siempre) pasa la raya de lo permitido por la sociedad pacata (¡honrada!) en materia de sexualidad y de sensualidad? No seré yo quien lo niegue. Pero jamás hizo Trigo de esos excesos y de esos defectos su personalidad. Siempre le sacó noblemente de ellos su intención humana, su idealismo inmenso por una vida social mejor." Y sigue el crítico pregonando por todo lo alto los méritos de tan perverso pervertidor de la sociedad y amontonando epítetos en su loor. ¡Valiente excusa! ¡No tuvo intención de infestar el aire, pero abrió todos los respiraderos de las cloacas! Y, hablando en serio, ¡qué tremenda responsabilidad se echa encima el que incita con sus extemporáneos panegíricos a jóvenes y no jóvenes a enlodarse en charcos tan pestilentes! "Levantó Trigo—termina el impudente crítico—una verdadera legión de discípulos e imitadores." ¡Lo natural! Y como si esa legión no fuese bastante numerosa, el crítico loador la aumentará. ¡Pobre de él! ¡De cuántos pecados, tragedias y crímenes, efecto natural de tan funestas lecturas, se habrá de cargar la cuenta a los críticos encomiadores de tal delincuente público!

3. — El hablar contra los malos escritores despertará la curiosidad de leerlos.

No faltan personas en demasía timoratas que se recelan de que, si la crí-

tica católica denuncia ciertas obras literarias, impías o inmorales, obtendrán, sin quererlo, un efecto contrario, despertando la curiosidad de quienes no las conocían y la codicia de leerlas. A eso respondemos que serán muchos más los que con esa denuncia quedarán avisados y aprovecharán el aviso. Si algunos, contraviniendo la recta intención de los denunciantes, arrebatan el arma que los defendía del peligro para suicidarse, allá ellos. De más grave culpa se harán reos, por cometerla con conocimiento de causa; y mayor cuenta habrán de dar a Dios. Fuera de que, aun en el mismo denunciar lo malo, se pueden y se deben tomar las cautelas oportunas para que nadie saque de la triaca veneno; por ejemplo, eligiendo discretamente la publicación donde escriban, y midiendo las palabras.

4. — Cualesquiera escritores de dotes literarias eximias merecen conocerse.

Luego ¿se habrá de renunciar, objetan algunos, a conocer unos escritores a quienes, no obstante su fondo inmoral o impío, ninguno que de Letras entienda negará sus sobresalientes dotes literarias? No se extiende a tan indistinta generalidad nuestro tema; por más que, ni son esos escritores los únicos de que pueda uno sacar utilidad para su formación estilística, ni son tan imprescindibles que, por desconocerlos, en todo o en parte, se haya de condenar un español a una crasa ignorancia en materia de Letras. ¡Cuántos escritores han escrito, en lo que va de siglo, con arte literario no vulgar en distintas materias y en no pocas revistas, libros y folletos, sin haber frecuentado la escuela literaria de semejantes autores, enemigos de la fe o de la moral! Sólo que de tantos y tantos escritores católicos, sobre todo eclesiásticos, y de tantas publicaciones beneméritas, se afecta una completa ignorancia en ciertos sectores de la Crítica. Mas de que esos sectores ignoren, o finjan ignorar, la existencia y reputación de escritores católicos de este siglo que escriben con estilo irreprochable y atrayente, no se sigue que no los haya. De cualquier suerte, aun suponiendo que se priven de alguna utilidad y cultura quienes se niegan a otorgar el favor de su interés a los malos libros, por parecerles indigno patrocinar a los enemigos declarados de Cristo y de la Iglesia, reconozcamos que en esa renuncia proceden con cristiana cordura. Preferible es perder un poco de erudición a perder los bienes del alma y la salvación eterna. Por lo demás, si algunos, por su profesión o por otros

motivos razonables, crean no poder prescindir de la lectura de esos autores que aquí anatematizamos, y estar inmunizados contra el contagio, con esos tales no habla nuestra condena.

5. — *Hoy es imprescindible estar al día en lo que se publica.*

Finalmente, habremos de hacernos eco, siquiera sea por bien parecer, de esa exclamación, entre sorprendida e indignada, en que ahora prorrumpen, no sólo los aficionados a la Literatura de nuevo cuño (en cuyos dominios abunda tanto el género prohibido para todo el que quiere vivir su fe), sino, en general, cuantos literatos, poetas y profesores reputan por mengua de su cultura vivir al margen del movimiento literario contemporáneo (siquiera excluyan para sí y para sus discípulos, por ser buenos cristianos, lo impío y lo inmoral): — ¡Hay que ser hombre de su siglo! Hoy no puede una persona culta, y menos un literato, prescindir, ni, si enseña, privar a su clase de los escritores que se han ganado favor universal entre la España ilustrada. En las clases de Literatura, por imposición de las Historias literarias de los programas y de las exigencias de los exámenes académicos, lo ha de explicar el profesor.

En primer lugar, habría que aquilatar los méritos de supremacía que merecen a esos autores el dictado de *maestros a boca llena*, como sin distinción alguna se lo prodigan sus incondicionales admiradores. Al recorrer los libros de esos escritores tan en pugna con el genuino sentido cristiano, y advertir, verbigracia, que en varios capítulos seguidos de uno de ellos el verbo casi único que hace el gasto es el pobrísimo verbo *ser*, se pregunta uno: ¿y esto se llama riqueza de lenguaje? Al topar en otros pasajes de esos autores con frases de gusto muy dudoso, con alusiones a cosas malolientes (material y moralmente), con frecuentes caídas de tono y altibajos de estilo, aun con incorrecciones palmarias de lenguaje, que han merecido censuras de académicos tan competentes en gramática española como Casares; al seguir con dificultad el sentido de párrafos de clausulación dislocada y de pasajes caliginosos y faltos, por tanto, de la primera cualidad de un escrito que es la claridad, y, lo que delata muy poca seguridad de gusto, con trozos estrafalarios, ridículos y excéntricos, no puede uno menos de decir para sí: dotes y alientos de escritor no le faltan, sin duda, a este hombre, pero ya me guardaría yo bien de condecorarle con ese título de maestro, que se merecen con mejor derecho que él escritores menos voceados, pero más dignos de serlo. Y

nada se diga de la vaciedad de contenido ideológico que un lector acostumbrado a otros autores más llenos, nota al vuelo en varios de los ídolos de una juventud indocta que los inciensa. Libros he leído de esos, tras cuya lectura se queda uno pensando: pero ¿qué ha dicho en todas estas páginas? Se podría exprimir, y apenas saldría una gota de jugo. Ni son tampoco los años de los estudios los más indicados para que un joven, cuyo criterio y gusto están aún por formar, se asome a las últimas publicaciones del día. Obras más maduras, que no librillos del último novelista, se han de dar por modelos a los escolares.

Con todo eso, y sin extremar las convenciones, toda vez que, por el aspecto literario, se dan obras en esos escritores de indudable valía; la lealtad fuerza a confesar que existe una cierta obligación de que no los desconozcan quienes se precien de cultos y leídos; y que, por consiguiente, en el decurso de las clases de Letras, durante la Enseñanza Media y Superior, el maestro no llenaría su cometido, si dejase de proponer a sus alumnos, como materia de lectura, análisis e imitación, algunos lugares cuerdamente escogidos aun de esos autores no recomendables por sus ideas y tendencias. Empero, a fin de alejar todo peligro de que los jóvenes se aficionen a ellos, la sensatez cristiana y patriótica y aun meramente humana acompañará siempre al profesor en la selección de trozos inocuos; le pondrá en los labios prudentes consejos con que prevenga a los discípulos encomendados a su cuidado tutelar contra los gravísimos riesgos a que se expondrían leyendo sin consejo y al azar y con devoradora pasión las obras de unos autores que matarían en sus almas la fe y costumbres cristianas aprendidas en el hogar de sus buenos padres.

Y la misma sensatez induciría al profesor a leer en clase, al lado de lo escogido entre autores anticristianos, y ciertamente con más encendidas recomendaciones, otros pasajes de autores de buenas ideas y sana moral; entre los cuales, si el profesor los tiene muy hojeados, no hallará dificultad en recordar puntos de comparación que dejen bien autorizado a los ojos de los escolares el mérito sobresaliente de los nuestros. ¿Se encontrarán, por alegar un ejemplo entre ciento, en la novela *Gloria*, de Pérez Galdós, de argumento idéntico al de la novela perediana *De tal palo, tal astilla*, unas páginas de tan honda psicología y pasional, como las que esmaltan la obra de nuestro católico novelista? A todo lo cual añadimos que no vemos inconveniente alguno en que el Cate-

drático de Literatura, seleccionados cuidadosamente los fragmentos de autores peligrosos, se los lea a su clase anónimos, callando el nombre del escritor y aun mezclados entre sí. Lo que se busca en esos ejercicios escolares es el mérito literario objetivo y la aptitud para despertar y perfeccionar en los principiantes el gusto estético, y amaestrarles en el arte literario, en el perfecto estilo y lenguaje castizo. El que los haya escrito fulano o zutano, no hace al caso para lograr ese fin pedagógico. ¡Ojalá que con ese recurso de lo anónimo cesase de martillar los oídos de nuestra juventud en las aulas españolas la fastidiosa y funestísima repetición de los nombres, en mala hora tan divulgados, de tantos escritores como han estado pervertiendo a la adolescencia incauta y en exceso curiosa.

Creemos que con las limitaciones susodichas y con las que, al principio de este artículo, antepusimos al explicar el estado de la cuestión, nadie nos tachará justamente de no ponernos en la realidad ni de sacar las cosas de quicio.

Conclusión. — Vista, pues, a su verdadera luz la proposición del *caso de conciencia literario* que en el presente estudio nos propusimos dilucidar; perflado con toda precisión el alcance de su sentido; ponderada la importancia capitalísima y la inaplazable urgencia de una cuestión de tan trascendental actualidad; alegadas las varias pruebas y pesado su valor de legítima argumentación; y, por último, examinados y refutados los argumentos en contra y las dificultades objetadas por los adversarios: repetimos nuestra proposición, salida ya vencedora en el palenque de una discusión, llevada, como se dice en las disputaciones filosóficas, en toda forma. Por muy dichosos nos daríamos, si, por la influencia de este estudio, publicado en una Revista como *Cristiandad*, que aspira a formar e ilustrar el criterio de las personas más cultas e intelectuales sobre cuestiones de transcendencia social, los críticos católicos cayesen en la cuenta de la importancia enorme de la cuestión aquí examinada y de la responsabilidad ingente que sobre sí se echan en su función crítica. Por bien pagado tendríamos este nuestro extenso trabajo, si todos los publicistas de recto juicio y buena voluntad se resolviesen a proceder con suma prudencia, y aun con insobornable firmeza, en el emitir sus juicios acerca de los escritores que, con su impiedad escandalosa y con su infecciosa inmoralidad ayudan, como los que más, a que salga con su empeño, con inmenso mal para Espa-

EL BIELDO Y LA CRIBA

ña, la conjura de sus enemigos, de que se arruine en ella la ideología y la moral del Evangelio, que es su fuerza y su más íntima vida, y será, en todo caso, su defensa y su salvación.

APÉNDICE

Terminado el precedente artículo para *Cristiandad*, llega a nuestras manos el extracto amplio, publicado en el número 638 de *Ecclesia*, de la gravísima y explícita Pastoral del señor Obispo de Canarias, Monseñor Antonio Pildáin, encabezada con este título:

“Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías.”

No podemos disimular nuestra satisfacción al leer este título de tan tremenda verdad. ¡Loado sea Dios, pensamos y dijimos, que, por fin, se dicen valientemente las cosas como son y, dejados a un lado eufemismos desorientadores, se denuncia, y con toda la autoridad de un Obispo, Pastor de las almas y Juez competente en cuestiones de fe y costumbres, que el señor Unamuno, a quienes tantos proclamaban por mentor y director de la juventud española, es *hereje máximo y maestro de herejías*. Absolutamente necesario era que sonase muy alta y muy clara la voz autorizada de un Prelado, ahora cuando se trata de rendir a don Miguel de Unamuno un homenaje, consistente nada menos que en la inauguración de la Casa-Museo de su nombre, y eso con motivo del séptimo centenario de la Universidad de Salamanca.

Indignado y entristecido, con sobradísima razón, el autor de la Pastoral afirma que Unamuno no se contenta con atacar tan sólo alguna que otra de las verdades de fe divina, sino que niega pertinazmente casi todos los dogmas más fundamentales de la Religión Católica — condiciones precisas y bastantes para incurrir en herejía formal, al tenor del canon 1325 del Derecho Canónico —; y a continuación lo prueba, copiando, para público conocimiento de todos, cuarenta y cinco aseveraciones de Unamuno, en que se van negando, con términos expresos, los dogmas de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la creación del mundo, de la divinidad de Jesucristo, de la inmortalidad del alma, del pecado original, de la gracia sobrenatural, de la inspiración de la Biblia, de la infalibilidad pontificia, de la Transubstanciación eucarística, de la eternidad de las penas del infierno, de la existencia misma del infierno, del purgatorio y de la gloria del cielo.

Recorridas esas cuarenta y cinco

aseveraciones del extinto Profesor de la Salamanca de hoy, o, mejor dicho, del aula que fué de Unamuno, en oposición tan escandalosa a la doctrina inmaculadamente católica, profesada y defendida por tantos Profesores de la Salamanca de antaño, se queda uno atónito al ver esas páginas de las obras de Unamuno sembradas de aseveraciones, tan apriorísticas como audaces, contra puntos capitales de la doctrina del Cristianismo, y taxativamente del Catolicismo, sin otros argumentos que sus “boudades”, o arranques caprichosos.

A mano tiene esa lista de impiedades y herejías quien desee comprobar por sí mismo la verdad incontrovertible de la acusación lanzada por el Prelado canariense. En el número 638 de *Ecclesia*, página 9, las podrá leer. Sólo contra la noción cristiana de la fe ¡qué herejías y, a la vez, qué dislates y aun locuras no se estampan! Que “fe es querer que Dios exista”. Que “la fe en Dios consiste en crear a Dios”. Que “la incertidumbre aliada a la desesperación forma la base de la fe”. Que “el modo de vivir de la fe es dudar”. Que “fe que no duda es muerta”. Que “el valor supremo de la fe es el afirmar cosas contradictorias entre sí”. Que “hay que defender la herejía por ser herejía, por su mera cualidad de herética”. Que “en el Concilio de Nicea vencieron, como más adelante en el Vaticano, los idiotas, los ingenios, los Obispos cerriles y voluntariosos”. Que “Filosofía y Religión son enemigas entre sí, y que es imposible toda posición de acuerdo y armonía persistente entre la Religión y la Filosofía”. Etc., etc.

Cuando uno recorre pasmado tamañas atrocidades, que llegaron a publicarse en obras del dominio público, y reflexiona sobre el estrago que tan heréticos escritos han debido de hacer en todos esos sectores tan extensos de la juventud universitaria española, la cual, como es harto sabido, los deploraba y se jactaba de hacerse los suyos, como el más alto exponente de brillante cultura: siente un español en el alma que no hayan hablado más claro durante tantos lustros los publicistas católicos; y que, antes bien algunos de ellos no hayan tenido reparo en ensalzar hasta las nubes la obra unamuniana, la inteligencia preclara de don Miguel y las cualidades insignes del catedrático-literato.

Por lo que a nosotros toca, conocida y leída la citada Pastoral, nos alegramos de haber escrito el precedente artículo, y nos confirmamos en la urgente necesidad de clamar contra aquellos críticos, máxime si se llaman católicos, que con sus apologías de se-

mejantes escritores herejes (porque podrían tejerse otras tantas listas de herejías, esparcidas por las obras de tantos escritores tan voceados y tan fatales), incurran en el pecado de escándalo y de cooperación al mal. ¡Ah! ¡Qué de cerebros habrán quedado desquiciados, en lo tocante a la fe católica, entre tanta juventud, lectora asidua de esos escritos, por culpa de los críticos que con sus loores imprudentísimos los han puesto en las manos de esa pobre juventud!

¡A ver si en adelante el conocimiento más verídico de la doctrina de Unamuno y de tantos semejantes a él, retrae a la Crítica, al menos a la católica, de hacer, con sus alabanzas, causa común con ellos; y eso, no solamente por amor a la Religión, sino también por amor a España, de la que tantas calumnias han propalado algunos de esos escritores a quienes se llamó por el año 98 los auténticos representantes de nuestra Patria! Una sola de las aseveraciones de Unamuno, contenidas en la lista de la Pastoral, la última de todas, habría de bastar para levantar un grito unánime de indignación en el pecho de todo español y católico. Después de haber proferido la impiedad horrenda (¡Dios se lo haya perdonado!), de que “el culto del Sagrado Corazón de Jesús es el sepulcro de la Religión cristiana”, dice así: “Para nacionalizar de veras a España, una de las cosas que más falta hacen es descatalogarla...”

Sirva esta nuestra alusión al documento episcopal recién aparecido, como de oportuna confirmación de cuanto en nuestro artículo acabamos de escribir y de la campaña que acerca del mismo asunto de estos artículos venimos sosteniendo. Al fin y al cabo, esta nuestra campaña desea ser un acto público de rendida obediencia a la *Instrucción* de la Jerarquía eclesiástica de España del año 1950.

No ignoramos que en la nomenclatura novísima de ciertas ideologías de hoy, tan arbitraria como engañosa, se mira con desdén la virtud de la sumisa obediencia, relegándola al grupo de las virtudes rebajadas de valor por el mundo soberbio con el nombre de *virtudes pasivas*. Pero nosotros nos atenemos al criterio inmutable de la Iglesia, y en especial al de nuestro santo Fundador, Ignacio de Loyola, resuelto apologista de la obediencia, como fiel intérprete que era del mismo Evangelio, el cual resume toda la vida oculta de Jesús, diciendo que vivía sujeto a María y a José.

Obedecer con Cristo obediente es en todo cristiano la más legítima ejecutoria de su noble alcornia de cristiandad.

ARTURO M.^a CAYUELA, S. I.

Colegio-Noviciado de Ntra. Sra. de Veuela Borja (Zaragoza)

EL BRINDIS DE MALENKOV Y LA «COEXISTENCIA PACIFICA»

Recuerdo de la misión del general Marshall

Antes de partir para Washington en visita oficial, el presidente de la República de Corea del Sur, Syngman Rhee, debió recordar los meses angustiosos de 1945, cuando, terminada la guerra en Asia bajo los terribles efectos de las bombas atómicas democráticas, el comunismo levantaba la cabeza en todo el Extremo Oriente, dispuesto a sentar sus reales sobre las ruinas dejadas al paso de la grandiosa conflagración.

Acudiría también a su memoria, el recuerdo de la extraña misión que llevó a cabo en tierras de China el que fué Jefe del Estado Mayor norteamericano, general George Marshall.

¿Por qué una personalidad de tanta categoría en el orden militar había sido enviado por el presidente Truman cerca de Chiang Kai Chek?

En aquellos días, era todavía muy corriente fiarse de todas las iniciativas y proyectos de las grandes democracias. Y, claro está, la mayor parte de los corresponsales de prensa abundaban en peregrinas interpretaciones, acertadas a veces, sobre el modo y vigor con que Norteamérica y la Gran Bretaña cortarían el paso al avance comunista en las regiones *verdaderamente* cruciales. Partiendo de semejante conjetura, el acerado periodista Penella de Silva glosaba la designación del general Marshall en su nuevo puesto de China con estas palabras:

“Los anglosajones — decía — prosiguen impertérritos el desarrollo de su programa con minuciosidad impresionante. La aparente debilidad de su política en Europa está sobradamente equilibrada con *un enérgico proceder allá en el Asia*, que es donde radica el *verdadero* nudo de su estrategia... Norteamérica es hoy el único tutor de todo lo que fué japonés. *Norteamérica respalda al generalísimo chino*. Norteamérica es la *auténtica potencia señora* en el enorme espacio asiático.”

¿Cómo pasa el tiempo...! Pero prosigamos con el interesante comentario:

“Más avanzados que los planes de la paz van los planes de la estrategia anglosajona, *como lo demuestra* el nombramiento de embajador extraordinario en China que acaba de firmar mister Truman *a favor del general Marshall, el primer militar de América*, la grandísima figura que ha manejado con inteligencia pasmosa el fabuloso aparato ofensor, material y humano, de los Estados Unidos en todos los frentes del mundo. Dicho en dos palabras: el máximo forjador de la victoria aliada. La firma de este nombramiento de embajador en China es sencillamente *el acontecimiento mayúsculo...*” (1).

Efectivamente, la intuición de Penella de Silva le hizo vislumbrar con acierto la importancia decisiva que había de tener el nombramiento del general Marshall en el futuro desarrollo de los acontecimientos en Asia. Sin embargo, ¿cuán equivocado andaba Penella en sus augurios de que los anglosajones darían la batalla decisiva contra el comunismo en China!

Precisamente, el mismo día en que se daba cuenta oficial del nombramiento de Marshall, su predecesor en el cargo, el general Patrick Hurley, explicaba a la opinión pública de los Estados Unidos:

“*Diplomáticos de carrera norteamericanos* — denunciaba el ex embajador — *han laborado con el partido comunista chino*, y con naciones imperialistas cuya política es dividir a China en dos partes contrapuestas”, para añadir después: “Una parte considerable de nuestro Departa-

(1) *La estrategia anglosajona*, por Penella de Silva, “Diario de Barcelona”, 2 de diciembre de 1945.

mento de Estado trata de apoyar al comunismo, particularmente en China.” (2).

Ya sabemos con qué éxito lo lograron. Todavía en enero de 1950, pocos meses antes de la agresión de Corea, Acheson preparaba a los Estados Unidos para el abandono del último reducto de Chiang Kai Shek — Formosa — en manos de los comunistas chinos, lo que sugería al senador Robert A. Taft la posibilidad de que “los dos secretarios Acheson y Marshall” estuvieran “*secretamente* identificados por las *faltas cometidas en China*” (3).

Faltas o no faltas, ¿cómo no trazaría Syngman Rhee un angustioso paralelo entre la entrega calculada de China y la política de la Casa Blanca que impuso la “no derrota” de los rojos en Corea, la destitución del general Mac Arthur y la continuidad de la división artificiosa de su pueblo! (4).

La experiencia de Syngman Rhee

El resultado negativo de las entrevistas de Syngman Rhee con Eisenhower, quedó expuesto con claridad meridiana por el propio presidente de la Corea del Sur, en el transcurso de un banquete ofrecido en su honor en San Francisco de California, antes de abandonar los Estados Unidos.

“El pueblo norteamericano — dijo en esa ocasión Syngman Rhee — debe aguantar de firme y luchar denodadamente contra el comunismo antes de que los rojos lleguen a las mismas costas de los Estados Unidos. Aunque *algunos* norteamericanos se han incorporado a la lucha contra el comunismo, tengo que decirlos con toda franqueza que *no habéis tenido éxito alguno hasta ahora*. El mundo no puede continuar mucho tiempo siendo la mitad esclavo y la mitad libre.”

Después de las jornadas triunfales en el Capitolio y en diversas ciudades norteamericanas, las palabras de despedida del político coreano, expresaban su desilusión y su amargura. ¿Es que en la Casa Blanca continuaba en vigor la “secreta” política de Truman desarrollada por los Marshall y los Acheson?

Cabía esperar que las experiencias adquiridas desde la subida de Eisenhower al poder, hubiesen puesto en guardia, por lo menos hasta cierto punto, al combativo Rhee. No obstante, por si todavía le quedaban algunas esperanzas, el internacionalista “New York Times” le llamó al orden con palabras que delataban una más alta inspiración:

“Syngman Rhee ha cometido *el error de creer en las palabras de Washington en vez de los hechos de Washington*”, señalaba el órgano izquierdista. Y, a renglón seguido advertía al Presidente de la Corea del Sur, que tanto el secretario de Estado como los senadores y los militares, *sólo dicen palabras*, mientras quien *decide en último término es el propio Eisenhower* (5).

Por lo visto, a Syngman Rhee le quedaba todavía una ligera confianza en la democracia parlamentaria y en los puntos de vista expresados por quienes directamente y en virtud de su oficio ayudan en su labor al Presidente norteamericano. Nada más opuesto a la realidad. Syngman

(2) Declaraciones del embajador en China, general Patrick Hurley, al presentar la dimisión de su cargo, 27 de noviembre de 1945.

(3) Robert A. Taft, “A foreign policy for americans”. Trad. francesa, Ed. Amiot-Dumont, París, pág. 177.

(4) Syngman Rhee no ha debido olvidar que Foster Dulles, colaborador de Acheson en el Departamento de Estado norteamericano, fué enviado a Seul el 15 de junio de 1950, “para obtener información directa que pueda ayudar a la tarea de la paz”. Foster Dulles visitó las instalaciones cercanas al paralelo 38 en vísperas de la agresión comunista, y no se enteró, al menos oficialmente, de los preparativos de los norcoreanos. Véase “Antecedentes del conflicto de Corea”. CRISTIANDAD, 15 de julio, págs. 331 y siguientes.

(5) Crónica de Nueva York, “La Vanguardia Española”, 13 de agosto de 1954.

Rhee se había equivocado. Entre otras razones, porque posiblemente Eisenhower sabe también hacer sutiles distinciones entre las palabras y los hechos...

Si el desilusionado Presidente de la Corea del Sur no había comprendido "todavía" la verdadera política anticomunista de la Casa Blanca, un "hecho" más concluyente que toda la palabrería vana al uso de las democracias, se le ofreció pocos días más tarde con ocasión del viaje del señor Attlee y de otros conspicuos miembros del socialismo británico por tierras de la U.R.S.S., con destino a Pekín.

La delegación socialista británica fué recibida con delirante entusiasmo en Moscú, "aprovechando" tan señalada ocasión para que orientales y occidentales cantasen las excelencias de la cooperación amistosa entre los dos bloques. Y fué el propio Malenkov quien en el transcurso del banquete ofrecido por la Embajada británica, levantó su copa por la "coexistencia pacífica".

"Al principio — escribía Augusto Assia — los Estados Unidos no contemplaron sino con desconfianza, e incluso con alarma, el reblandecimiento de la actitud francesa e inglesa frente al comunismo, pero en los últimos días *hasta aquí se ha abierto camino la hipótesis de la "coexistencia"*, por cuya salud ha brindado ayer en Moscú, ante la curiosa delegación laborista, el dictador ruso." (6).

No olvidemos que la hipótesis de la "coexistencia" hace ya mucho tiempo que tiene en Norteamérica propagandistas entusiastas y decididos. A larga fecha, desde el día en que Roosevelt consiguió instalarse en la Casa Blanca con el apoyo de los demócratas y progresistas. Pero también desde que Eisenhower, el elegido de Marshall, logró frustrar los designios electorales del pueblo norteamericano.

Y Syngman Rhee no podía desconocerlo.

Una consigna de Vorochilov de actualidad en Occidente

"Más de uno de los que comentan y dan información en público y en privado, parece dispuesto a admitir que Attlee ha llevado *algún recado personal de Churchill* para Malenkov", aseguraba un corresponsal desde Londres (7).

¿Y por qué sólo de Churchill? ¿No dijo en su día el jefe conservador británico, que los resultados de su conferencia con Eisenhower se notarían a largo plazo?

De hecho, la visita fracasada de Syngman Rhee por tierras norteamericanas parece haber tenido la rara virtud de ayudar a clarificar la dudosa posición que con referencia a la Unión Soviética se viene manteniendo en la Casa Blanca.

Ahora lo sabemos con certeza. Eisenhower no está dispuesto a luchar contra el comunismo. A lo que ha aspirado, por lo visto, siempre, es a encontrar una fórmula que haga viable la división práctica del mundo entre el comunismo y la democracia liberal, aunque ello suponga la permanencia de millones de personas bajo la tiranía atea.

Al servicio de esa fórmula, el general Eisenhower secundó los designios de Roosevelt y Marshall, entregando Berlín, Viena y Praga a las fuerzas soviéticas. Pensando quizá en ese ideal, aceptó la jefatura del Ejército "atlántico" en Europa. Y entregado a tan grave objetivo, ingresó en el Partido Republicano en vísperas de las elecciones y logró, en nombre del anticomunismo, ocupar la jefatura del Estado.

Ahora, tras una fase de "vacilación", hemos entrado de lleno en la etapa de las realizaciones, de los "hechos".

Las manifestaciones hechas por el Presidente el pasado día 11 de agosto, revelan claramente que Eisenhower cree pisar ya terreno firme.

"En sus declaraciones de ayer a los periodistas — señalaba con ese motivo un cronista neoyorquino — el presidente elaboró lo que podríamos llamar la nueva *"doctrina de Eisenhower"*, que podría llevar también el título de "teoría del optimismo." Para ilustrarla algunos periódicos publican hoy, con el texto de las declaraciones, una fotografía en la que *el presidente Eisenhower fué captado ayer por las cámaras exhibiendo la más amplia, alegre y jovial sonrisa* de todas las que se han dibujado hasta la fecha en su rostro presidencial."

¡Eisenhower se siente satisfecho y continúa sonriendo! Al parecer, ha dado con la fórmula ansiada.

¿Cuál es esta fórmula? El cronista de referencia la sintetiza así: "El mundo libre tiene que *utilizar* su cerebro, su inteligencia, su comprensión y, desde luego, su riqueza, *para levantar una estructura* que realmente sea impermeable al asalto comunista. Tengo la convicción — son palabras de Eisenhower — de que si hacemos esto inteligentemente, si trabajamos con efectividad para alcanzar esta meta, *no habrá guerra*". (8).

Eso es algo más que palabrería. Conjugadas estas últimas declaraciones con los resultados de Berlín y de Ginebra, con las reuniones Eisenhower-Churchill en la Casa Blanca y con la misión de paz de Attlee y sus inspiradores, han dado ya como resultado, el ascenso del judío Mendes-France, la entrega de medio Indochina a los rojos — siguiendo los pasos de Marshall —, la posibilidad de una nueva Conferencia a cuatro sobre el Ejército europeo y un avance considerable hacia la entrada de la China roja en la ONU. ¿Y no habrá todavía alguna otra concesión en perspectiva?

Se comprende, así, que Syngman Rhee haya vuelto a su patria con las manos vacías.

"La guerra de Corea y los problemas nacidos a su alrededor — ha escrito Taft — son la conclusión final de la *simpatía por el comunismo que ha inspirado la política norteamericana*. El resultado actual ha sido que los chinos comunistas se han apoderado del control efectivo de toda la China continental, *han enviado sus ejércitos a Corea* y al Tibet y *amenazan a Indochina*, Birmania, Thailandia y todo el sudeste asiático." (9).

El viaje de Syngman Rhee por tierras norteamericanas, repetimos, ha tenido un positivo valor: el de ayudar a revelar la política de la Casa Blanca con respecto a la U.R.S.S. Sin embargo, si el Presidente de la Corea del Sur hubiera comprendido que la sombra de Marshall presidía aún las deliberaciones decisivas del Washington oficial, quizás hubiera renunciado a su viaje a Norteamérica.

Porque, tal vez, entonces, se habría dado cuenta de que era inútil buscar ayuda contra la Revolución entre los propios revolucionarios. Porque hubiera penetrado, quizá, el profundo sentido de las palabras dirigidas por Vorochilov a masones, trotskistas, progresistas y liberales, en una mañana de agosto de 1949:

"*El perfecto internacionalista* es aquel que, sin ninguna reserva, sin titubeos y sin condiciones, está dispuesto a defender la Unión Soviética, *porque la U.R.S.S. es la base del movimiento revolucionario mundial*, y porque la defensa y progreso del movimiento revolucionario es imposible sin la defensa de la U.R.S.S. *Quien trate de defender el movimiento revolucionario mundial independientemente de la U.R.S.S. o contra la U.R.S.S.*, está contra la Revolución e inevitablemente *demostrará estar en el terreno de los enemigos de la Revolución*." (10).

La consigna ha quedado grabada con letras de molde en el Occidente democrático. ¿No lo demuestra así la política de Eisenhower y de sus aliados europeos?

JOSÉ-ORIOI CUFFY CANADELL

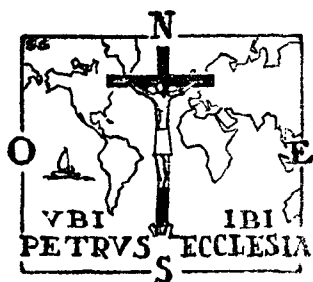
(6) Crónica de Nueva York, cit.

(7) Crónica de Rafael de Luis, "La Vanguardia Española", 13 de agosto de 1954.

(8) Crónica de Nueva York, "La Prensa", 13 de agosto de 1954.

(9) Robert A. Taft, Obra cit.

(10) Discurso de Vorochilov en la conmemoración de la "liberación" de Rumania, agosto de 1949.



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

Las Conversaciones Católicas de San Sebastián

LAS CONVERSACIONES CATÓLICAS DE SAN SEBASTIÁN

Del 26 de julio al 1 de agosto se han celebrado en San Sebastián las Conversaciones Católicas que llevan el nombre de dicha ciudad. Con asistencia de más de 60 conferenciantes, de diversos países, las sesiones han girado en torno a la discusión del tema propuesto: «La obediencia de los católicos». El lector sabe de sobra la importancia que reviste el tema, para que nos sintamos obligados de nuestra parte a ponderarla. Creemos que el sentido que la palabra obediencia aplicada a los católicos aparece claro, a través de los siguientes párrafos pertenecientes al discurso que el Nuncio de Su Santidad en España pronunció en el acto de apertura de las Conversaciones:

«Preocupado por los síntomas y efectos

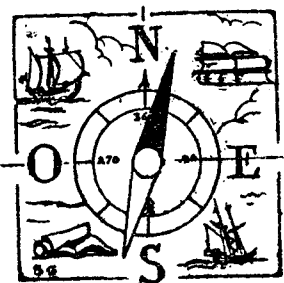
de una enfermedad espiritual que asola a la humanidad en el momento presente, el Papa insiste a los Obispos sobre el remedio necesario. Contra un espíritu de independencia y de libertad mal comprendidos, el Papa reafirma toda la fuerza del magisterio de la Iglesia, representada en el magisterio de los Obispos.»

«El Papa y el Obispo tienen la gravísima obligación de vigilar, corregir y orientar las actividades católicas en todo lo que concierne al dominio de la religión y de la moral. Por su parte, los católicos tienen el deber de seguir con sumisión y fidelidad, las orientaciones publicadas por la autoridad de la Iglesia, es decir, el Pontífice para la Iglesia universal y los Obispos para los fieles confiados a sus cuidados.»

«...Ustedes saben cómo hoy en día se persigue en ciertos medios un movimiento

que revela casi el carácter de rebelión secreta contra la Jerarquía. Se insiste sobre un apostolado que debería ser más dinámico; se habla de una adaptación de la Iglesia a las necesidades de la hora actual; gustaría oponer a la «Iglesia de la caridad» la «Iglesia jurídica», y sobre todo, se reivindicaba «la emancipación del laicado», expresión deplorable e históricamente inexacta, como el Padre Santo lo decía en el Congreso Mundial del Apostolado de los Laicos en 1951: «No ha habido nunca, no hay y no habrá jamás en la Iglesia magisterio legítimo de los laicos sustraídos por Dios a la autoridad, a la dirección y a la vigilancia del magisterio sagrado. Aún más: la negación de someterse prueba que los laicos que obran y hablan como Nos acabamos de decirlo no están dirigidos por el espíritu de Dios y de Cristo.»

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Visita inoportuna y recuerdo desagradable - James Reston y la política de Eisenhower - «Khun, Loeb and Company» - Alianzas peligrosas - La «Carnegie» instrumento revolucionario - Los comunistas y el partido demócrata norteamericano - MENDES-FRANCE, LA ESTRELLA DE DAVID Y LA TACTICA DE LOS «DOSSIERS» - Discurso del general García Valiño. La incomprensible política de Occidente - La nostalgia de Unamuno - ¿Los liberales anticomunistas? - Por si no lo sabían... - Treinta, cincuenta y cinco y ochenta y cinco millones de dólares - Aislamiento de Mendes-France en Bruselas

Del 1 al 5 de agosto

VISITA INOPORTUNA Y RECUERDO DESAGRADABLE

«La visita del presidente Syngman Rhee a los Estados Unidos — escribe un periodista norteamericano —, ha sido un recuerdo desagradable de que Corea, lo mismo que Indochina, fué dividida por la fuerza.»

Aunque en realidad, para los Estados Unidos, desagrado más la división actual de Corea por cuanto en la lucha entablada en dicha península participaron fuerzas norteamericanas, y por el hecho de que la política de Truman y de Eisenhower ha sido la de no ganar la guerra contra los agresores comunistas norcoreanos y chinos.

Por eso, los círculos gubernamentales de Washington han calificado la estancia de Syngman Rhee de «inoportuna», atendiendo especialmente a la insistencia del presidente surcoreano para que los Estados Unidos le ayuden a unificar el país, aunque sea a costa de luchar contra los soldados del régimen de Pekín.

Conviene recordar que en el convenio que suscribieron el presidente Syngman Rhee y el secretario de Estado norteamericano, Foster Dulles, el 7 de agosto de 1953, se establecía que en caso de fracasar las negociaciones de paz con los comunistas, los Estados Unidos «harán» las consultas pertinentes «para obtener la independencia y unificación de Corea, que fué el propósito del Gobierno norteamericano durante la segunda guerra mundial y continuará sien-

dolo para la política exterior de los Estados Unidos». También hay que tener presente, que en el aludido convenio, Syngman Rhee aceptó no recurrir a las armas para unificar Corea, sólo «mientras dure la conferencia política».

Resulta obvio que en estos momentos Syngman Rhee podría lanzarse a la reconquista de la Corea del Norte, pero no es fácil que lo lleve a cabo porque, al parecer, el Gobierno norteamericano no ha provisto al Ejército surcoreano de armamento suficiente para poder realizar con éxito semejante operación. Un modo indirecto de garantizar la independencia de la Corea comunista.

JAMES RESTON Y LA POLÍTICA DE EISENHOWER

El diario internacionalista «New York Times», refiriéndose a la estancia de Syngman Rhee en Norteamérica, escribe por la pluma de James Reston estas significativas palabras:

«El doctor Rhee cometió dos errores. Basó su política en palabras de Washington, en vez de basarla en hechos de Washington, y se dejó llevar por las cartas que ha recibido de norteamericanos. Presumió que los arrogantes discursos anticomunistas pronunciados en Washington y las expresiones como liberación o represalia en masa, representaban una política más audaz y agresiva que la llevada a cabo por el Gobierno anterior. Supuso que las cartas de los norteamericanos que le escriben para elogiarle

su intolerante actitud, representan el verdadero espíritu marcial de los Estados Unidos.

«Los hechos del Gobierno norteamericano, tan diferentes de sus palabras — sigue diciendo Reston —, no consiguieron enfriar el entusiasmo del viejo luchador, que ha preferido darle crédito a las opiniones de los Mac Arthur, los Van Fleets, los Radfords y los Knowlands, así como a los demás que, desde las alturas del Gobierno, abogan por una política agresiva, ignorando el hecho de que, cuando llega la hora de la verdad, el actual Gobierno norteamericano es un Gobierno conservador presidido por un hombre marcadamente antibeligerante.»

¿Gobierno conservador? ¿Qué es lo que trata de conservar Eisenhower? Por de pronto, el Presidente norteamericano ha tomado sobre sí la pesada tarea de defender al general Marshall, el que fué embajador en la China nacionalista con la misión de introducir el comunismo en el Gobierno de Chiang Kai Shek; el inventor del célebre Plan cuya versión primitiva incluía la ayuda económica y financiera a la URSS; el que, en opinión del ex secretario del Departamento de Guerra, Harry Woodring (1936-1940) «vendería sus creencias, su política y sus convicciones, con tal de mantener su posición política y militar...», según acaba de recordar McCarthy.

¿No les parece que el artículo de James Reston en el «New York Times» está dentro de la misma trayectoria que en política internacional siguió el general Marshall?

•KHUN, LOEB AND COMPANY•

En una crónica firmada por el discutido periodista norteamericano Drew Pearson se habla del proyecto presentado en el Senado de los Estados Unidos, para conceder licencias a la industria privada a fin de poder emplear energía atómica.

«El principal jefe de esa corriente en favor de la aprobación de la discutida ley — escribe Pearson — fué el almirante Lewis Strauss, jefe de la Comisión de Energía Atómica y socio de una importante firma bancaria de Wall Street: Kuhn, Loeb y Compañía. Este es uno de los consorcios más poderosos que han venido financiando a las compañías privadas de servicios públicos de energía y está ansioso por obtener el poder atómico.

•Otra de las entidades financieras de Wall Street, Lehman Brothers, ha contratado a Gordon Dean, ex presidente de la Comisión de Energía Atómica. Y una tercera firma, Lazard Freres, también contrató los servicios de David Lilienthal. Estos dos señores se han mantenido cuidadosamente alejados de la lucha en el Congreso.»

¿Por qué en las cuestiones referentes a la energía atómica intervienen casi siempre elementos judíos? No estará de más recordar otra vez que la poderosa firma judía «Khun, Loeb y Cía.» fué denunciada por el servicio de contraespionaje de una gran potencia como una de las empresas capitalistas que financiaron la revolución bolchevique en Rusia en el año 1917.

Del 6 al 10 de agosto

LA «CARNEGIE» INSTRUMENTO REVOLUCIONARIO

El comandante supremo norteamericano en el Extremo Oriente, general Hull, ha declarado que los comunistas están llevando clandestinamente hombres y pertrechos a Corea del Norte, que entran por puntos distintos a los convenidos en el armisticio.

Lowell Clucas, funcionario norteamericano en misión en Baviera, ha presentado la dimisión después de los ataques que le ha dirigido el senador McCarthy. Clucas es el número 26 de la lista de 205 comunistas que son o han sido funcionarios del Departamento de Estado.

«La «Carnegie» —dice Assia— es una de las fundaciones que, según ha revelado recientemente el Comité parlamentario presidido por el diputado Reece, fomentó, con el dinero dejado por los archicapitalistas norteamericanos, la subversión y el socialismo mundo adelante. Otra ha sido la Fundación Ford, manejada también en un tiempo por el enemigo de España, Hoffman, uno de los primeros directores del Plan Marshall.»

Pero ¿hay todavía comunista en Norteamérica después del triunfo de Eisenhower?

ALIANZAS PELIGROSAS

Mientras los señores Attlee y Bevan, acompañados por otros elementos del «Labour Party», salían de Londres en viaje «turístico» hacia Moscú y Pekín, en la isla de Bled, residencia de verano de Tito, se firmaba el Tratado de alianza militar entre Turquía, Grecia y Yugoslavia.

Los dirigentes laboristas parten en misión amistosa cerca de los dirigentes del Kremlin y de los «mandarines» rojos de Pekín, para alcanzar un entendimiento político y comercial que haga posible una mayor cooperación entre los países comunistas y la Gran Bretaña, posiblemente contando con el asentimiento, al menos tácito, del Gobierno inglés.

Por de pronto, los dirigentes laboristas permanecerán en Moscú algunos días más de lo previsto, no descartándose la posibilidad de que, aprovechando esa larga «parada», los «viajeros» británicos preparen una eventual entrevista Churchill-Malenkov, tantas veces deseada por el Jefe del Gobierno inglés.

Ante esa nueva prueba de la «vigorización» de las relaciones entre el Oriente comunista y el Occidente democrático, no se comprende fácilmente el motivo real del nuevo Pacto Balcánico que obliga a Grecia y Turquía a defender la tiranía roja de Tito frente a un ataque del exterior.

¿Quién piensa hoy atacar a Yugoslavia? No hace muchos días Tito felicitaba calorosamente al «camarada» Vorochilov, y ahora acabó de dar toda clase de satisfacciones al embajador soviético sobre el alcance del nuevo Tratado. Si no es contra la URSS, ¿será tal vez contra Italia? ¿O será un instrumento para que la Internacional Comunista pueda desencadenar la guerra cuando creca llegado el momento oportuno, pese al «conservadurismo» de Eisenhower?

LOS COMUNISTAS Y EL PARTIDO DEMÓCRATA NORTEAMERICANO

El Partido Comunista norteamericano ha publicado una declaración en la que vaticina la victoria del Partido Demócrata en las próximas elecciones.

«Ciento cincuenta delegados del Partido Comunista de los Estados Unidos, representando veinticuatro Estados — leemos en «L'Osservatore Romano» — han celebrado una reunión en un lugar secreto de Nueva York que ha durado tres días.

«Un portavoz del Partido ha enviado a la Prensa un comunicado de cinco páginas que contiene el programa político aprobado por los delegados, en el que se declara que el Partido «continuará su lucha por una paz internacional», se solicita la amnistía política y se manifiesta contrario a la administración del Presidente Eisenhower y al senador McCarthy. El comunicado prevé, además, la victoria del Partido Demócrata en las elecciones del próximo otoño e invita a dicho Partido a atacar «el programa de guerra de la administración Eisenhower y su capitulación ante el mccarthysmo.»

Resulta en extremo curioso que mientras los Tribunales persiguen a los dirigentes del Partido Comunista, éste pueda organizar impunemente sus reuniones en Nueva York con la participación de un número muy considerable de sus miembros activos. También resulta curioso el interés que conservan los comunistas por el Partido de Roosevelt. Por lo visto, los ligámenes que unían a ambos partidos en los días del «New Deal» no han sido totalmente cortados. A no ser que traten de hacer el juego a Eisenhower...

Del 11 al 15 de agosto

MENDES-FRANCE, LA ESTRELLA DE DAVID Y LA TÁCTICA DE LOS «DOSSIERS»

«Apenas iniciada la batalla por la Comunidad Defensiva Europea — escribe un corresponsal desde París — produce tres víctimas. En la primera escaramuza, tres ministros se han visto en la necesidad de dimitir». Se trata del general Koenig, ministro de Defensa Nacional; Chaban Delmas, ministro de Obras Públicas, y Lemaire, ministro de la Reconstrucción.

Añade el corresponsal que «estas dimisiones representan la abierta oposición del «degaullismo» a todo compromiso que tienda a salvar el Ejército Europeo», por lo que «la tentativa de conciliación de Mendes-France puede darse por fracasada».

Sin embargo, puntualiza el cronista al final de su correspondencia, «por recientes experiencias personales, el jefe del Gobierno sabe lo que puede esperarse de estas cosas. Y, en último término, Mendes-France sabe tener fe en su buena estrella. La estrella de David, que en estos instantes no es en Francia un mal signo para hacer política».

Según un semanario de París, el «Consejo privado» de Mendes-France está esencialmente constituido por tres personajes:

George Boris, Roger Stéphane y Jean-Jacques Servan-Schreiber.

«Los dos primeros representan la posición masónica prosoviética.

«El tercero, «neutralista», que fundó el «Express» para servir especialmente a Mendes-France y que hoy le redacta los borradores de sus discursos, tiene relaciones importantes en otra dirección: a través de Beuve-Méry¹, con el que se halla en contacto casi permanente, alcanza el «trust» Sauvageot y el grupo católico de la colaboración soviética...»

Actualmente, según ciertas informaciones, la masonería francesa defiende la posición de que el «peligro clerical» constituye el enemigo número uno; de ahí que se haya pactado de hecho una tregua entre masones y comunistas. Georges Boris, ya mencionado, junto con Jacques Mitterand y Mendes-France, representarían la tendencia política masónica prosoviética, frente a la posición minoritaria anticomunista — así se dice — de Jean Baylot, Vinatrel y Martinaud-Déplat.

Fuera de algunos elementos masones o masonizantes, pocos elementos políticos de la Asamblea Nacional se atreven a hacer frente a los proyectos de Mendes-France. ¿Por qué?

¿Recuerdan el caso del diputado Dupont que relatábamos en la Crónica Política anterior? Pues ahora resulta que los elementos gubernamentales, según cuenta el periódico aludido, «tratan abiertamente de practicar el «chantage» sobre Bidault para evitar que hable».

Y precisa el periódico: «Siguiendo las indicaciones de M. Stéphane, miembro del «Consejo privado» de M. Mendes-France y poderosísimo en el ministerio del Interior, M. Claude Bourdet escribe sin dejar su buena fe en «France-Observateur»:

«El «dossier» de M. Georges Bidault debe prepararse ahora activamente.»

¿Por qué ahora?

¿Por qué esa repentina urgencia?

«Una sola respuesta: M. George Bidault se ha mostrado peligroso al denunciar públicamente a M. Mendes-France de un equivocado cálculo que se parece mucho a una impostura.

«De ahí la maniobra de intimidación de «France-Observateur».

Si algún Gobierno logra permanecer en Francia en el Poder, gracias a la influencia de los «dossiers», ¿qué hay que pensar de las votaciones de confianza nutridísimas que pudiera alcanzar semejante Gobierno?

Por eso, tal vez, se asegure ahora que sólo Leon Martinaud-Deplat, ligado a la tendencia masónica antisoviética y miembro también del Partido Radical, pueda encabezar una oposición activa contra Mendes-France. Aunque para ello necesite la «colaboración» de Pinay y de Bidault.

DISCURSO DEL GENERAL GARCÍA VALIÑO

Con motivo de la fiesta musulmana de «Aid el Kebir», el Alto Comisario de España en Marruecos, general García Valiño, pronunció un discurso ante S.A.I. el Jilifa, al que corresponden estos fragmentos:

(1) Director de «Le Monde».

«España que tiene pruebas irrefutables de la fina sensibilidad y del deseo de colaboración de los marroquíes en asunto de tanta trascendencia, *continuará con absoluta buena fe*, que nadie le puede negar, la tarea emprendida de lograr, con el esfuerzo conjunto de protectores y protegidos, *de modo progresivo y constante, el sustituir con marroquíes preparados los cuadros de administración de la zona jafifiana*, que sin duda se ha de conseguir con sus aportaciones de autoridad, sacrificio y constancia en el trabajo de que vienen dando muestras.»

«Mientras esta labor se desarrolla, España continuará sin vacilaciones el camino que se ha trazado de defender los derechos y libertades del pueblo marroquí, establecidos en los acuerdos internacionales sobre el Protectorado e ir facilitando con *paso firme y en la medida más amplia* el gobierno y autonomía de los territorios a ella confiados.»

Del 16 al 20 de agosto

LA INCOMPRESIBLE POLÍTICA DE OCCIDENTE

«Hace pocas semanas — comenta Rodrigo Royo desde Nueva York —, el subsecretario de Estado, Foster Dulles, se dirigió a los líderes del Congreso anticipándoles en una carta que *los Estados Unidos estaban decididos a que el rearme alemán comenzara inmediatamente*, y que el Gobierno de Washington se había puesto de acuerdo con el de Londres para *devolverle a la Alemania occidental su soberanía*, en el caso de que la Asamblea francesa se negase a ratificar el Tratado de Defensa Europea antes de celebrarse las sesiones de este verano. La determinación del Departamento de Estado era tan fundada, que mister Dulles anunciaba incluso su decisión de *devolver la soberanía a las zonas británica y norteamericana de Alemania* si la Asamblea no se resolvía a ratificar el Tratado, y si encima de esto el Gobierno francés se resistía a dar su consentimiento para la devolución de la soberanía que Francia controla, por lo que se refiere a la zona de ocupación francesa.»

Todo ello se recuerda con ocasión de los planes que abriga Mendes-France de variar sensiblemente los acuerdos de Bonn y de París, a fin de «facilitar» a la Asamblea francesa la aceptación del Ejército Europeo.

Mendes-France va a acudir a Bruselas, a la reunión de los seis, con propuestas concretas que modifican el sentido de la Comunidad Defensiva Europea, según proyecto que en su día formalizó la propia Francia.

Gran Bretaña y Norteamérica, aparte de la amenaza de un rearme incondicional de Alemania, presionan a Mendes-France en el sentido de *insinuar que un voto favorable de la Asamblea francesa supondría la aceptación de una reunión de los «cuatro grandes» para estudiar los problemas específicos de Europa.*

Eso es el *cebo* con el que, según algunos comentaristas, se trataría de captar a Francia.

Seguramente formando parte de los preparativos de una próxima reunión de los «cuatro», Attlee, Bevan y sus seguidores han llegado a Pekín, después de una interesante estancia en Moscú, en donde Malenkov brindó por la «coexistencia pacífica».

¿Qué se pretende con esa nueva tentativa de acercamiento? ¿Qué es lo que en realidad se desea en la Casa Blanca? ¿Rearme de la Alemania occidental contra la URSS o acuerdo entre los «cuatro» para neutralizar una Alemania unificada?

LA NOSTALGIA DE UNAMUNO

Fiesta del Arbol Frutal en la villa de Moyá. Discursos y canciones. Desfile de carrozas e inauguración de un monumento al tenor Viñas. Y como colofón, la presencia de Gregorio Marañón que, al igual que en Salamanca y en la Real Academia, recuerda y exalta la figura de Unamuno.

Probablemente entre el arbol frutal y Unamuno habrá alguna relación íntima, como posiblemente existirá algo más que una simple coincidencia, entre la campaña sistemática a favor de Unamuno, pese a la Pastoral del Obispo de Canarias, y la insistencia en conceder, de un tiempo a esta parte, al señor Marañón un papel de primera figura en actos de la más varia naturaleza.

Del 21 al 24 de agosto

¿LOS LIBERALES ANTICOMUNISTAS?

«No hace más que diez años — dice Asia, citando al diputado Martin Dies —, la esposa del Presidente de los Estados Unidos alojaba en la Casa Blanca a los comunistas que habían sido llamados a declarar desde Nueva York en la primera investigación del Comité contra las actividades anti-americanas, y les conducía en el automóvil del Presidente a los interrogatorios durante los cuales permanecía presente haciendo bolillo.»

La cita viene a propósito del proyecto de ley, aprobado por el Senado y la Cámara, y sometido a la firma del Presidente, en el que se declara ilegal al Partido Comunista.

El hecho en sí no tiene nada de sensacional dada la lucha constante de los órganos legislativos norteamericanos contra la influencia creciente del comunismo en la máquina estatal, y la amenaza que representa su actividad para el pueblo de los Estados Unidos.

Lo que sorprende, es el hecho de que *«el proyecto de ley ha sido iniciado y propuesto por los senadores y diputados pertenecientes al grupo llamado «liberal» o «izquierdista»*, que fué, hasta no hace mucho, el que en nombre de la libertad, más se oponía a toda acción contra los comunistas.»

¿Por qué esa acción repentina de liberales y progresistas contra la organización comunista?

Según el «New York Times», *el «poco edificante espectáculo» que han dado los liberales tiene por objeto ganar el favor de la opinión pública en vísperas de las elecciones.* Lo que contradice abiertamente el criterio eisenhowerista de José M.^a Masip.

Para Rodrigo Royo, corresponsal de «Arriba» y «La Prensa», la actitud de los senadores liberales demócratas obedeció a un *deseo de obstruir la resolución del Senado encaminada a prohibir que miembros del Partido Comunista ocupasen puestos directivos en los Sindicatos.* «Para conseguir su propósito — explica Royo — introdujeron una enmienda diciendo que se pusiera al partido comunista fuera de la ley y se castigara a sus afiliados. *Los demócratas creían que los republicanos no se atreverían a tanto...*»

Tal vez la verdad esté en un total de circunstancias variadas, entre las cuales cabría contar también la resolución aprobada por el Partido Comunista norteamericano, citada anteriormente, en la que señala al Partido Demócrata como el vencedor en las próximas elecciones. ¿Trata ahora el Partido Demócrata de desmentir unas posibles concomitancias con los comunistas ante el pueblo norteamericano?

POR SI NO LO SABÍAN...

Comentando el acuerdo «unánime» de los senadores norteamericanos declarando fue-

ra de la ley al comunismo, escribe «ABC»:

«No; *el comunismo nada tiene que ver con la izquierda* (liberalismo, democracia, reivindicaciones sociales)... Republicanos y demócratas, *reaccionarios y liberales, se hallan unidos frente al partido que niega la democracia* e intenta destruir las libertades políticas o individuales de que gozan los ciudadanos norteamericanos.»

¿Y aun hay quien cree que izquierdistas y liberales estaban en el bando comunista durante nuestra guerra de Cruzada!

TREINTA, CINCUENTA Y CINCO Y OCHENTA Y CINCO MILLONES DE DÓLARES

El Gobierno Eisenhower *había asignado a España para el ejercicio 1954-55*, la cantidad de treinta millones de dólares, lo que significaba una reducción de cincuenta y cinco millones en relación con la anualidad precedente. Ahora, gracias a una *iniciativa del senador Mac Carran*, la Cámara de Representantes ha aprobado una enmienda según la cual España habría de percibir en el próximo ejercicio la cifra total de ochenta y cinco millones de dólares, exactamente igual que la percibida el año anterior.

«Hoy queda claramente de manifiesto — subraya «La Vanguardia Española» — *el satisfactorio balance del viaje del señor Arburúa*, que tanta resonancia tuvo...»

¿Cuál es exactamente la posición del Presidente Eisenhower en este asunto? El diario «La Prensa» comenta: «La asignación acordada, por tanto, por Norteamérica a España no solamente da un rotundo mentís a la especie de que las relaciones hispano-yankis *no iban a rendir los óptimos frutos esperados*, sino que prueba el alto nivel de afecto y comprensión que los dos países se proponen imprimir a su trato recíproco de modo inalterable.»

AISLAMIENTO DE MENDES-FRANCE EN BRUSELAS

«Ha fracasado en Bruselas, de un modo definitivo, el proyectado Ejército Europeo? Esta es, al parecer, la opinión de la mayor parte de comentaristas. Este es *el resultado que exultan con indecible gozo, entre otros, el «neutralista» «Le Monde», y el órgano comunista «L'Humanité».*

El hecho sorprendente — ¡cuántas sorpresas en estos días! — dice un corresponsal en París —, «es la solidaridad que han manifestado los países del Benelux con Alemania. La principal oposición a los planes de Mendes-France ha venido de M. Beyen, ministro holandés de Asuntos Exteriores, y el Luxemburgo ha estado a su lado. Spaak ha ejercido, por cortesía, un eficaz papel de mediador, pero sus puntos de vista se aproximaban más a los del Canciller que a los de Mendes-France. *Verdaderamente, Francia ha estado sola.*»

Ahora, Mendes-France ha tratado de consolarse con Churchill, pero todo parece insinuar que los Estados Unidos y Gran Bretaña, de no producirse un cambio total de actitud en Francia, se decidirán a armar a Alemania «sin esperar la aquiescencia francesa que, a juzgar por lo visto, no es de esperar que venga por las buenas.»

Tratando del papel ejercido por Mendes-France en el vidrioso asunto de la C.D.E., un portavoz de los liberales demócratas de la Alemania Occidental ha llegado a declarar su sospecha de que *el actual jefe del Gobierno francés «hizo un trato sobre la Comunidad Defensiva Europea con el ministro soviético de Asuntos Exteriores en Ginebra».* Al parecer, se trataría de una garantía francesa contra el Ejército Europeo como condición indispensable para la firma de los acuerdos sobre Indochina. Aunque, a decir verdad, es difícil comprender semejante garantía para llegar a una capitulación total...

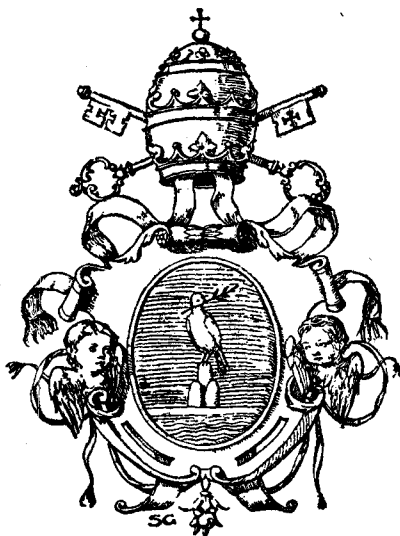
SHEHAR YASHUB

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

Si quiere conocer con exactitud el pensamiento pontificio.

Si quiere profundizar en la doctrina de la Iglesia.

Si quiere vivir con intensidad la tragedia y la esperanza de nuestro tiempo.



Lea los discursos del Papa.

Estudie con fidelidad sus directrices salvadoras.

Penetre en el corazón de nuestro Padre y Supremo Pastor.

Todos los discursos, mensajes y alocuciones de Su Santidad Pío XII, felizmente reinante, los podrá tener coleccionados y magníficamente editados en

La Separata de "CRISTIANDAD"

Solucionar el problema de la vivienda ha de ser la obsesión colectiva de la ciudad de Barcelona

Viviendas del Congreso posibilitan su colaboración

« M A R I E »

Revista publicada por el Centro Mariano Canadiense

Un año . . . 125 Ptas.
Dos años . . . 220 »

Suscripciones en la administración de «Cristiandad»

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Barcelona

Colecciones de CRISTIANDAD

Informamos a todas las personas que se han suscrito a CRISTIANDAD con posterioridad a la fecha de iniciación de la Revista, que tenemos coleccionados, en volúmenes por años, la totalidad de los números publicados.

A los que deseen adquirir varios tomos y les resulte de mayor comodidad satisfacer la cuenta en plazos mensuales, podemos ofrecerles esta modalidad de pago, sin que ello signifique aumento alguno en el coste.

LA ADMINISTRACIÓN.



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



En su viáje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

J. Cellars



MOSCAS
MOSQUITOS
CUCARACHAS
POLILLAS
CHINCHES



D. D. T. DE ACCION RAPIDA Y PROLONGADA



EDUARDO PUIG
REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION
Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. José Antonio, 431

Teléfono 23 41 28

BARCELONA